

**EL CRISTIANISMO:
UNA ANTICULTURA
EN MEDIO DE UNA CULTURA
EN REBELIÓN**



Alex Granier

ÍNDICE

Introducción	4
Nacimiento de la cultura	4
El hombre natural: hijo y esclavo de la cultura	5
El cristianismo: una anticultura celestial	6
El cambio cultural actual es vertiginoso	7
La cultura: reflejo del corazón humano	8
La humanidad esclava de sus sistemas	8
Ideologías y filosofías	9
Modas y tendencias culturales	9
Leyes y políticas públicas	10
Expresiones artísticas	10
Estructuras sociales.....	10
Prácticas religiosas sin Cristo	11
Medios y comunicación	11
Ciencia sin ética	11
Síntomas de desorden espiritual de una cultura lejana a Dios.....	12
Tatuajes como símbolo de autoafirmación y rebelión cultural	12
Glorificación de lo marginal o agresivo	13
Homosexualismo y transgenerismo normalizados	13
La hipersexualización de la cultura	14
¿Qué dice la Biblia sobre la belleza?	15
Humanización y exaltación de las mascotas	17
Desprecio por la procreación	18
Relativismo moral: “cada uno hace lo que bien le parece”	19
Empoderamiento del yo (la autonomía absoluta)	20
Consumismo y culto a la comodidad:	
Ídolos del hombre posmoderno.....	21
Culto al cuerpo y a la apariencia: el nuevo altar del yo	22
Estética por encima del carácter: Una inversión de valores eternos....	23
Espiritualidades sin Cristo	23
Redefinición del matrimonio y de la familia:	
Rebeldía cultural contra el diseño de Dios	24
Aborto legal y celebrado	25
El divorcio como un deporte: Trivialización de un pacto sagrado.....	26
El amor exagerado por los deportes: ¿Entre pasatiempo y idolatría?..	27
El amor exagerado por el folklore y sus danzas:	
Entre la cultura y la idolatría	28
Exaltación de ideologías políticas como salvación	30

Obsesión por la fama y la validación social	30
Arte y entretenimiento sin Dios.....	31
Educación secularizada y antibíblica	32
Ideología de género, educación o adoctrinamiento	33
Tolerancia como parte del relativismo moral	34
Tolerancia sin límites, excepto con los cristianos	35
Terapias y filosofías antibíblicas que suplantán al Evangelio	36
Psicologías sin alma ni pecado	37
Coaching y autoayuda centradas en el ego, cuando el yo se sienta en el trono de Dios	38
Orgullo, ira e inmoralidad sexual vistos como autenticidad	39
Celebración del paganismo y lo oculto	40
Halloween, brujería y satanismo pop	41
El rechazo a toda autoridad externa, incluida la de Dios	42
Censura a la verdad bíblica bajo el disfraz de “discursos de odio”	44
La cultura censura a Dios en el Antiguo Testamento.....	45
Llamados a vivir como extranjeros	46
Referencias	47
Libros recomendados (con enfoque cristiano reformado o afín)	
cultura, cosmovisión y apologética	47
Temas específicos como ideología de género, familia, sexualidad, etc.	48
Cultura y espiritualidad posmoderna.....	48
Artículos y recursos online útiles	49
Temas específicos de interés	49

INTRODUCCIÓN

En una sociedad donde lo cultural se redefine constantemente, los cristianos enfrentan un desafío crucial, que es vivir fieles al Evangelio en medio de una cultura que, en su esencia, se opone a Dios. Este texto analiza cómo se forma la cultura, y, más ampliamente, por qué el cristianismo verdadero no puede simplemente adaptarse a ella sin perder su esencia. Exploraremos cómo el hombre natural, sin Dios, no solo es producto de su propia cultura, sino esclavo de ella, y cómo prácticas como el tatuaje identitario, el homosexualismo celebrado, la humanización de las mascotas o el rechazo a la procreación revelan una cosmovisión profundamente alejada del diseño divino. Frente a esto, el llamado para los cristianos es claro: ser luz en las tinieblas, vivir como extranjeros en una tierra que ya no es nuestra casa, y proclamar con valentía una verdad eterna en medio de un mundo en constante rebelión.

La cultura, en su sentido más amplio, es el conjunto de patrones de pensamiento, comportamiento, valores y estructuras simbólicas compartidas por un grupo humano. Desde la sociología, la psicología y la filosofía, se la entiende como un producto dinámico de la interacción humana. No obstante, desde una cosmovisión cristiana, se reconoce una verdad más profunda: la cultura humana nace de un corazón caído, separado de Dios. En este sentido, el cristianismo no es simplemente una contracultura, sino una anticultura: no busca adaptarse ni mejorar la cultura del mundo caído, sino ofrecer una nueva creación, un Reino distinto, cuyo Rey es Cristo.

NACIMIENTO DE LA CULTURA

El relato bíblico en Génesis nos presenta dos aspectos fundamentales: Primero, en Génesis 1:28, Dios le da al ser humano el mandato cultural: "Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sojuzgadla." Este mandato, dado antes de la caída, expresa el deseo divino de que el hombre desarrolle el mundo, reflejando la gloria de Dios en todas las áreas de la vida: arte, agricultura, familia, ciencia, lenguaje. En este sentido, se entiende a la cultura como una vocación para vivir para la gloria de Dios.

Segundo, tras la caída (Génesis 3), el corazón del hombre quedó espiritualmente distorsionado por el pecado. Como enseñan Calvino y Agustín, el problema no es simplemente moral, sino ontológico y espiritual: el hombre está muerto en delitos y pecados (Efesios 2:1). A partir de entonces, aunque el mandato cultural de Dios permanece, su expresión ha sido corrompida por la idolatría, la soberbia y la auto deificación.

El mandato cultural era bueno, ya que implicaba desarrollar la creación, gobernarla y expresarse en arte, lenguaje, estructuras sociales y trabajo,

viviendo bajo el temor de Dios. Sin embargo, el pecado alteró radicalmente el cumplimiento de dicho mandato. A partir de la caída, el ser humano siguió desarrollando cultura, pero desde un corazón rebelde, egocéntrico y separado de su Creador.

La cultura posterior a la caída, como se ve en Génesis 4 (la descendencia de Caín o cultura caínita), se transforma en el escenario donde el hombre expresa su independencia o autonomía de Dios. La construcción de ciudades, el desarrollo de las artes, los instrumentos musicales y el trabajo del metal son culturalmente significativos, pero también reflejan un espíritu de venganza, autonomía, violencia y orgullo. Desde entonces, el hombre natural no solo crea cultura: es moldeado por ella, vive para ella y finalmente se esclaviza a ella.

La cultura, por tanto, no es neutral. Desde tiempos de Caín, toda cultura reflejará, en mayor o menor medida, el conflicto entre el Reino de Dios y el reino del yo.

EL HOMBRE NATURAL: HIJO Y ESCLAVO DE LA CULTURA

La filosofía moderna postula que el hombre es un ser libre, autónomo, constructor de significado, pero la Escritura contradice esta idea. Romanos 1:21-25 declara que el hombre, aunque conoce a Dios por la revelación general, prefiere cambiar la gloria del Creador por la imagen de las criaturas. Así, se transforma en adorador cultural: todo lo que hace está orientado al servicio de ídolos creados por su imaginación (estatus, poder, placer, ideologías). La sociología afirma que el ser humano es un animal simbólico (Cassirer), que crea y se ve moldeado por estructuras culturales. Desde la psicología, podemos decir que el yo necesita estructura, pertenencia, propósito y validación externa de su entorno; sin Dios, busca esos elementos en la cultura.

Pero esta búsqueda no es neutral: el hombre natural no puede someterse a la ley de Dios (Romanos 8:7), ni puede discernir lo espiritual (1 Corintios 2:14). Su mente, voluntad y afectos están distorsionados por el pecado. Desde la sociología, esto se refleja en sistemas que refuerzan la alienación: ideologías colectivas, estructuras de poder, medios de comunicación, educación secular. Todo forma parte de un sistema que refuerza el pecado humano y le da legitimidad. El hombre, sin Dios, se convierte así en hijo de la cultura, no por origen natural, sino por su adopción espiritual a un sistema contrario al Reino de Dios.

El problema, desde la perspectiva cristiana, es que el hombre natural vive bajo la dominación del pecado (Romanos 6:16) y, por tanto, su construcción y consumo cultural no escapan a esa esclavitud.

El apóstol Pablo, en Romanos 1, describe la decadencia del hombre que, habiendo rechazado a Dios, adora y sirve a las criaturas antes que al Creador. Esta adoración idolátrica se manifiesta culturalmente: “Por lo cual Dios los entregó a pasiones vergonzosas” (Romanos 1:26). Aquí no sólo se habla de desviación sexual, sino de una humanidad que, en su ceguera espiritual, legitima estructuras que refuerzan su rebelión.

La cultura posmoderna se convierte así en una liturgia secular. Tiene sus credos ("sé tú mismo", "tu verdad es válida"), sus sacramentos (cirugías estéticas, tatuajes, expresiones de identidad sexual), sus templos (redes sociales, universidades, entretenimiento) y sus evangelistas (influencers, celebridades). El hombre natural no sólo participa de esta cultura: la defiende, la predica y se sacrifica por ella.

EL CRISTIANISMO: UNA ANTICULTURA CELESTIAL

A diferencia de muchas versiones diluidas de la fe, el cristianismo bíblico no pretende "encajar" en el mundo, más bien confronta su cultura. No necesita ser popular, ni relevante según los estándares de la sociedad. El cristianismo no es simplemente alternativo a la cultura: es radicalmente incompatible con ella. Su llamado es mucho más profundo y contracultural: dar testimonio de un Reino eterno en medio de un mundo en tinieblas.

Jesús no vino a mejorar el sistema de valores del mundo, sino a destruir las obras del diablo (1 Juan 3:8) y a establecer un Reino que no es de este mundo: “Mi Reino no es de este mundo” (Juan 18:36). Su Evangelio no es una mejora moral, sino una nueva creación (2 Corintios 5:17). Y su Iglesia no está para entretener o seducir al mundo, sino para ser luz, ser sal y ser verdad.

Esta “anticultura” no se funda en la fuerza, la autoafirmación ni la sabiduría humana, sino en la cruz: un símbolo de humillación que Dios transforma en poder y redención.

Jesús enseñó que su Reino no es de este mundo (Juan 18:36), y el apóstol Pablo escribe que el mensaje del Evangelio es "locura para los que se pierden", esos sabios del mundo (1 Corintios 1:18), pero es poder de Dios para salvación. La fe cristiana no intenta modificar la cultura caída, sino anunciar una nueva creación, un Reino donde Cristo reina sobre todas las esferas de la vida.

El cristiano, nacido de nuevo, recibe un nuevo corazón (Ezequiel 36:26), una nueva mente (Romanos 12:2), y es trasladado del reino de las tinieblas al Reino del Hijo (Colosenses 1:13), el reino de la luz, recibiendo una nueva ciudadanía (Filipenses 3:20). Esto implica una ruptura radical con los valores

del mundo, su vida entera — sus valores, metas, relaciones, arte, política, sexualidad — debe ser reformada a la luz de Cristo.

El cristianismo verdadero insiste en que todo ámbito de la vida le pertenece a Cristo, y, por tanto, toda expresión cultural debe ser evaluada según la Palabra de Dios. No hay neutralidad cultural. Todo arte, ciencia, música, educación, tecnología o política responde a una cosmovisión: o glorifica a Dios, o glorifica al hombre.

Por eso, el verdadero cristiano no puede vivir cómodamente en esta cultura. Le es ajena. Le duele. Le hiere. En ese sentido, el cristianismo no puede ser absorbido ni reinterpretado por la cultura sin perder su esencia.

El verdadero creyente no es un reformador cultural con herramientas seculares, más bien es un testigo profético que denuncia la corrupción y proclama la redención en Cristo. Porque su ciudadanía está en los cielos (Filipenses 3:20), y su lealtad está con Aquel que fue crucificado por denunciar la hipocresía religiosa y la corrupción del poder.

EL CAMBIO CULTURAL ACTUAL ES VERTIGINOSO

Vivimos en una época en la que los cambios culturales no solo son constantes, sino también acelerados y radicales. Es una época donde la cultura cambia más rápido que nunca. Lo que ayer era considerado inmoral o inaceptable, hoy es celebrado como progreso y es motivo de orgullo. Las estructuras sociales, los valores familiares y los símbolos que alguna vez sirvieron como orientación, hoy son cuestionados, reemplazados o ridiculizados. En décadas recientes hemos visto cómo se redefinen conceptos fundamentales como la verdad, la identidad, la sexualidad, la familia e incluso la humanidad misma. Este vértigo cultural no es neutral; es el reflejo de una humanidad que ha decidido vivir “sin Dios en el mundo” (Efesios 2:12).

La rapidez con la que se normalizan nuevas ideologías, tecnologías y estilos de vida revela una sociedad moldeada por la inmediatez, el subjetivismo y el rechazo a toda forma de autoridad trascendente. Como dijo Isaías: “¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo!” (Isaías 5:20). Este cambio no ocurre en el vacío: se transmite por los medios, se legitima en las leyes, se inculca en la educación y se promueve en el entretenimiento.

Desde la fe cristiana entendemos que esto es la expresión de una rebelión espiritual profunda. El hombre natural, sin la regeneración del Espíritu Santo, “no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura” (1 Corintios 2:14). Por tanto, no solo se acomoda al mundo, sino que lo reproduce y lo defiende con celo religioso.

En medio de este escenario, el seguidor de Cristo se encuentra cada vez más en tensión con el mundo. Es por ello por lo que, en este contexto, el cristiano debe ejercer discernimiento (1 Tesalonicenses 5:21), estar firmemente arraigado en la Palabra (Salmo 1:2-3) y no dejarse arrastrar por las corrientes del siglo (Romanos 12:2). Es tiempo de valentía, fidelidad y contracultura bíblica. La iglesia no puede ser un eco del mundo; está llamada a ser luz en medio de tinieblas (Mateo 5:14-16), mostrando que la verdad de Dios no cambia, aunque el mundo cambie a velocidades vertiginosas.

LA CULTURA: REFLEJO DEL CORAZÓN HUMANO

Desde el principio, Dios le dio al ser humano el mandato de generar cultura. Génesis 1:28 nos muestra al hombre llamado a fructificar, multiplicarse y sojuzgar la tierra. Esta es una tarea noble: desarrollar la creación, hacerla fructífera y hermosa, bajo el señorío de Dios.

Pero tras la caída, ese corazón que debía reflejar a su Creador comenzó a distorsionar todo lo que tocaba. La cultura no se detuvo, pero sí se contaminó. En vez de adorar a Dios, el hombre comenzó a adorar la obra de sus manos (Romanos 1:25). La cultura, entonces, dejó de ser un reflejo de la gloria divina, y se convirtió en el escenario donde el pecado se institucionaliza, se normaliza y se celebra.

La cultura no es neutra. Está cargada de valores, creencias y símbolos que reflejan el estado del alma humana. Y como el corazón del hombre caído está esclavizado al pecado, la cultura que produce es, en gran medida, anticristiana.

LA HUMANIDAD ESCLAVA DE SUS SISTEMAS

El hombre moderno se cree libre. Se jacta de haber vencido los límites de la tradición, la religión y la moral. Pero lo que no reconoce es que ha cambiado un yugo por otro. Como dijo Jesús: “Todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado” (Juan 8:34).

Esta esclavitud no es solo personal; es estructural y cultural. La humanidad sin Dios crea sistemas que refuerzan la rebelión: ideologías, modas, leyes, expresiones artísticas, estructuras sociales. Y luego se somete a ellas, se identifica con ellas y las defiende con vehemencia.

A continuación, presento un listado detallado de ejemplos de cómo la humanidad sin Dios crea sistemas que perpetúan su rebelión.

IDEOLOGÍAS Y FILOSOFÍAS

Sistemas de pensamiento que rechazan a Dios como Señor y fuente de verdad:

- Humanismo secular: el hombre es la medida de todas las cosas.
- Marxismo: elimina a Dios y coloca al conflicto de clases como motor de la historia.
- Feminismo radical: niega el diseño de Dios en la diferencia de sexos y destruye la noción bíblica de familia.
- Posmodernismo: niega la verdad objetiva, promueve el relativismo.
- Transhumanismo: busca superar los límites humanos mediante tecnología, sin reconocer la dependencia de Dios.
- Ideología de género: desconecta el sexo biológico de la identidad, contradiciendo Génesis 1:27.
- Ecologismo panteísta: convierte a la naturaleza en un ente divino, negando el mandato de señorear sobre ella.
- Anarquismo moral: desconfianza total hacia toda autoridad, incluyendo la autoridad de Dios.
- Espiritualidades sincréticas: mezclas de religiones sin base bíblica (Nueva Era, misticismo, gnosticismo moderno).

MODAS Y TENDENCIAS CULTURALES

Expresiones estéticas o conductuales que exaltan la carne o simbolizan rebelión:

- Tatuajes de símbolos paganos, demoníacos, de muerte o narcisistas.
- Moda “genderless” que borra diferencias entre varón y mujer.
- Tendencia a vestir de forma provocativa como señal de “liberación sexual”.
- Exaltación de la desnudez y erotismo como arte.
- Estética gótica o satánica como afirmación de identidad “oscura” o nihilista.
- Cirugías estéticas extremas que reflejan idolatría del cuerpo y rechazo de la creación.

LEYES Y POLÍTICAS PÚBLICAS

Legislaciones que institucionalizan el pecado y el rechazo del orden de Dios:

- Legalización del aborto como derecho humano (asesinato del no nacido).
- Reconocimiento del matrimonio homosexual como unión válida ante la ley.
- Leyes de identidad de género que obligan a usar pronombres contrarios al sexo biológico.
- Legalización de la eutanasia (suicidio asistido).
- Obligatoriedad de educación sexual ideologizada desde la infancia.
- Censura a los valores bíblicos como “discurso de odio”.
- Prohibición de evangelizar en espacios públicos en muchos países.

EXPRESIONES ARTÍSTICAS

Obras visuales, literarias, musicales, teatrales o cinematográficas que promueven el pecado:

- Películas y series que glorifican la venganza, la infidelidad o la inmoralidad sexual.
- Música que exalta la rebeldía, el materialismo, la drogadicción o el orgullo.
- Artes plásticas que blasfeman abiertamente contra Dios.
- Literatura que promueve el ocultismo, magia, brujería o filosofía atea.
- Videojuegos centrados en violencia, satanismo o corrupción moral.
- Películas, supuestamente inofensivas, y series animadas para niños con adoctrinamiento de ideología de género.

ESTRUCTURAS SOCIALES

Sistemas y estilos de vida normalizados que niegan el diseño de Dios:

- Cultura del divorcio con un matrimonio como contrato desechable.
- Parejas que cohabitan sin casarse como estándar social.
- Maternidad subrogada y venta de vientres: cosificación de la vida.

- Rechazo a tener hijos por egoísmo o hedonismo.
- Normalización de la soledad elegida y del “vivir para uno mismo”.
- Humanización de animales al punto de sustituirlos por hijos.
- Consumo como identidad con lo que compro define quién soy.
- Cultura del like: valor personal basado en aprobación digital.
- Modelos educativos sin Dios, centrados en autoestima sin verdad.

PRÁCTICAS RELIGIOSAS SIN CRISTO

Espiritualidades engañosas que sustituyen el Evangelio:

- Meditación trascendental, yoga como práctica espiritual.
- Invocación a “universo”, “energías”, “ángeles” fuera del marco bíblico.
- Religiones orientales (budismo, hinduismo) adaptadas a occidente.
- Catolicismo cultural sin conversión real ni obediencia a la Palabra.
- Espiritualismo afroamericano (santería, candomblé, vudú).
- Apostasía dentro de iglesias cristianas: teología liberal, prosperidad, aceptación del pecado.

MEDIOS Y COMUNICACIÓN

Sistemas de control del discurso y formación de la cosmovisión anticristiana:

- Agendas globales impuestas por organismos internacionales.
- Publicidad con valores inmorales disfrazados de progreso.
- Medios que ridiculizan la fe cristiana o la asocian con ignorancia.
- Plataformas que censuran contenido cristiano bíblico.
- Series y películas donde el cristiano siempre es el retrógrado o el villano.

CIENCIA SIN ÉTICA

Uso de la ciencia para rebelarse contra el Creador:

- Ingeniería genética sin límites: edición de embriones, creación de híbridos.

- Clonación humana con fines eugenésicos.
- Investigación con células madre embrionarias.
- Transición de sexos médicamente asistida en menores de edad.
- Biotecnología para crear “humanos mejorados” (posthumanismo).
- Reducción del ser humano a datos, algoritmos y química cerebral.

La rebelión del ser humano contra Dios no solo se expresa en acciones individuales, sino en toda una cultura caída, que abarca leyes, modas, filosofías, arte, ciencia y estructuras sociales. Como lo dijo Francis Schaeffer: “*Cada cultura es la manifestación externa de la religión que la sustenta.*” Y la religión dominante hoy es el yo como dios.

Como cristianos, estamos llamados a discernir los tiempos (1 Crónicas 12:32) y a vivir como luz en medio de la oscuridad (Filipenses 2:15), proclamando el señorío de Cristo sobre toda área de la vida (Colosenses 1:17-18). Así como dijo el apóstol Pablo: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento” (Romanos 12:2). El mundo nos presiona a amoldarnos, a adaptarnos, a asumir su molde. Y sin la renovación del Espíritu Santo, el hombre termina siendo un hijo obediente de esta cultura caída, aun cuando se crea libre.

SÍNTOMAS DE DESORDEN ESPIRITUAL DE UNA CULTURA LEJANA A DIOS

Veamos ahora algunos ejemplos visibles de cómo la cultura contemporánea revela su lejanía de Dios. No se trata de ataques personales, sino de diagnósticos espirituales que deben ser hechos con verdad y compasión:

TATUAJES COMO SÍMBOLO DE AUTOAFIRMACIÓN Y REBELIÓN CULTURAL

Más allá de motivos estéticos, en muchos casos los tatuajes son hoy expresión de identidad personal: “este soy yo”, “esto me representa”, “esto me define”. El cuerpo se convierte en un lienzo de autoexpresión para narrar la propia historia, para rebelarse contra los estándares y dejar una marca indeleble del ego.

La cultura dice: “Tu cuerpo es tu lienzo. Exprésate como quieras. Nadie tiene derecho a juzgar tu apariencia.”

La Biblia dice: “No haréis sajaduras en vuestro cuerpo por un muerto, ni imprimiréis en vosotros señal alguna.” (Levítico 19:28)

Aunque el texto de Levítico debe interpretarse con cuidado y en contexto, la actitud moderna detrás del tatuaje es muchas veces egocéntrica, narcisista o simbólicamente asociada a ideologías anticristianas (espiritualismo, ocultismo, rebeldía). Pero el cristiano ha sido comprado por precio, y su cuerpo pertenece a Cristo (1 Corintios 6:19-20).

GLORIFICACIÓN DE LO MARGINAL O AGRESIVO

En la cultura actual, lo marginal, transgresor o agresivo muchas veces es exaltado como símbolo de autenticidad, empoderamiento o “resistencia”. La violencia, el lenguaje vulgar, las actitudes desafiantes y hasta estilos de vida autodestructivos son promovidos en música, moda, cine y redes sociales como algo admirable o digno de imitar.

Esta glorificación no solo normaliza el pecado, sino que redefine el mal como virtud y la rebeldía como libertad. En lugar de formar el carácter, esta tendencia alimenta el ego, la desobediencia y la insensibilidad moral.

El cristianismo, por el contrario, exalta la mansedumbre, la templanza y la obediencia a Dios como frutos del Espíritu (Gálatas 5:22-23), no la celebración del caos. La verdadera libertad no está en romper las reglas, sino en someterse voluntariamente a la voluntad del Creador (Romanos 6:22).

HOMOSEXUALISMO Y TRANSGENERISMO NORMALIZADOS

Lo que la Biblia llama pecado, hoy se celebra como identidad. Las pasiones desordenadas, lejos de ser motivo de arrepentimiento, se exhiben con orgullo. Este es quizás uno de los ejemplos más claros del proceso descrito en el libro de Romanos 1: cuando se cambia la verdad por la mentira, Dios entrega a las personas a pasiones vergonzosas.

La normalización de la homosexualidad, la ideología de género y la transición de género es una de las corrientes culturales más fuertes y agresivamente defendidas. La cultura dice: “La orientación sexual es parte esencial de la identidad. El amor es amor. Los géneros son construcciones sociales.”

La ideología de género es una construcción cultural y filosófica que sostiene que el género (es decir, ser hombre o mujer) no está determinado por la biología, sino por factores sociales, emocionales y personales. Según esta visión, cada persona puede definir su propia identidad de género independientemente de su sexo biológico. Así, alguien nacido varón puede identificarse como mujer, como ambos,

como ninguno o incluso como un género fluido.

Esta ideología se ha difundido en múltiples ámbitos, tales como la educación, la política, los medios de comunicación y las leyes, promoviendo la aceptación de múltiples identidades de género y la separación radical entre sexo biológico y género percibido.

La ideología de género contradice el diseño creacional de Dios, quien “los creó varón y hembra” (Génesis 1:27). El hombre natural busca redefinir su identidad según sus propios deseos, cancelando a quienes sostienen una visión bíblica del sexo biológico.

El cristianismo no odia ni rechaza a los homosexuales, pero ama demasiado la verdad como para bendecir el engaño, llama pecado a lo que Dios llama pecado, y ofrece arrepentimiento y restauración en Cristo. La cultura actual promueve orgullo en lugar de arrepentimiento.

La Biblia dice: “Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas... y los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros.” (Romanos 1:26-27)

LA HIPERSEXUALIZACIÓN DE LA CULTURA

La hipersexualización es una de las características más marcadas y alarmantes de la cultura contemporánea. Es la erotización de todo, como ser la publicidad, la música y el entretenimiento, apuntando a una cosificación del cuerpo humano. Se manifiesta en la constante exposición a imágenes, mensajes y conductas que reducen al ser humano —especialmente a la mujer y, cada vez más, a los niños— a objetos sexuales. Medios de comunicación, redes sociales, música, moda, publicidad e incluso productos infantiles están impregnados de contenido sexualizado que normaliza la erotización prematura y desvirtúa la belleza del cuerpo y de la sexualidad tal como fueron diseñados por Dios.

Esta cultura no solo banaliza el sexo, sino que lo separa completamente de su contexto bíblico: la unión exclusiva entre un hombre y una mujer dentro del pacto del matrimonio (Hebreos 13:4). En su lugar, promueve una visión libertina donde el placer es un fin en sí mismo y la satisfacción individual es la máxima autoridad. Esta distorsión mina la dignidad humana, confunde la identidad sexual y fomenta la promiscuidad, con consecuencias devastadoras: cosificación, adicciones, depresión, violencia, disfunción familiar y aborto.

Adicionalmente está la pornografía masiva y legitimada, que es una esclavitud disfrazada de libertad. La pornografía ha dejado de ser un tabú para convertirse en un producto masivo, accesible y tristemente legitimado. Se promueve como

una forma de “expresión sexual” o “entretenimiento privado”, pero en realidad constituye una de las formas más devastadoras de esclavitud contemporánea. Cosifica a las personas, destruye relaciones, alimenta la trata de personas y produce adicción, vergüenza, insatisfacción e incluso violencia.

Desde una perspectiva bíblica, la pornografía no solo es pecado, sino idolatría (Mateo 5:28; Efesios 5:3). Corrompe el corazón, distorsiona la imagen del otro como portador de la dignidad divina (Génesis 1:27) y usurpa el lugar de la intimidad sagrada del matrimonio. Su legitimación es evidencia del endurecimiento del corazón humano y de una cultura que, en lugar de combatir la esclavitud del pecado, la celebra como libertad (2 Pedro 2:19).

Desde una cosmovisión cristiana, estas tendencias no son simplemente un problema moral o sociológico, sino espiritual. Es evidencia de una sociedad que ha dado la espalda a Dios y ha cambiado “la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador” (Romanos 1:25). Solo el Evangelio puede redimir la sexualidad humana y restaurarla a su propósito original: reflejar la fidelidad, pureza y amor del pacto entre Cristo y su Iglesia (Efesios 5:31-32).

¿QUÉ DICE LA BIBLIA SOBRE LA BELLEZA?

Especialmente en una época donde la cosificación del cuerpo, la hipersexualización y el culto a la imagen han pasado a ser casi norma cultural, la Biblia presenta un enfoque radicalmente diferente: la verdadera belleza está ligada al carácter, no a la apariencia (1 Pedro 3:3-4).

La Escritura no niega la existencia de la belleza física. De hecho, reconoce que ciertas personas eran “hermosas de apariencia” (Génesis 29:17; Ester 2:7). Sin embargo, nunca la exalta como lo más importante. Al contrario, advierte que puede ser engañosa y vana si no va acompañada del temor del Señor:

“Engañosa es la gracia y vana la hermosura; la mujer que teme a Jehová, ésa será alabada.” Proverbios 31:30

Hoy, los estándares culturales de belleza exaltan partes específicas del cuerpo femenino o masculino, reduciendo a la persona a un objeto de deseo visual. Este enfoque:

- Promueve la lujuria (Mateo 5:28)
- Alienta la vanidad (1 Juan 2:16)
- Devalúa la dignidad del ser humano como imagen de Dios (Génesis 1:27)

Cuando el cuerpo es usado para llamar la atención sensual o estimular deseos impuros, se traiciona el propósito original del cuerpo, que es glorificar a Dios: “Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.” 1 Corintios 6:20

La Biblia llama especialmente a las mujeres —y por principio también a los hombres— a vestirse con decoro, modestia y dominio propio (1 Timoteo 2:9–10). Esto no significa rechazar la estética o el cuidado personal, sino evitar todo aquello que provoque tentación, distraiga de la piedad o busque vanagloria, por lo tanto, vestir con modestia no es legalismo, es sabiduría bíblica.

La vestimenta debe reflejar lo que hay en el corazón. Una fe genuina no busca “mostrar carne” para ganar atención, sino reflejar a Cristo.

La belleza que Dios valora es la que se describe en la Palabra: “No se adornan con peinados ostentosos, ni con oro o vestidos lujosos, sino con buenas obras...” 1 Timoteo 2:9–10

El Nuevo Testamento enseña que la belleza verdadera es interior, incorruptible, espiritual: “Vuestro atavío no sea el externo... sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios.” 1 Pedro 3:3–4

A pesar de querer vivir cristianamente puede que el creyente esté juzgando según la apariencia, y no conforme al carácter.

No debemos vestir mal, pero la modestia debe ser una regla, mostrando reverencia a Dios y amor al prójimo. Cuidemos nuestro cuerpo como templo del Espíritu, pero no lo convirtamos en ídolo.

Padres y líderes, enseñen a los jóvenes que su valor no está en su figura sino en su relación con Cristo.

El cuerpo humano fue diseñado por Dios con dignidad y propósito, pero nunca como un medio para el orgullo, la seducción o la autoexaltación. En Cristo, la belleza se redefine: no en proporciones, sino en santidad; no en formas, sino en fruto del Espíritu.

“El Señor no mira lo que mira el hombre; el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón.” 1 Samuel 16:7

Suele haber una reacción de molestia, rechazo o hasta rebeldía por parte de muchas mujeres ante el llamado bíblico a la modestia, sumisión espiritual, pureza o sobriedad en el vestir y el vivir, eso no es nuevo. Ha sucedido a lo largo de la historia y tiene raíces tanto culturales como espirituales. Enfrentarla con sabiduría, verdad y amor es parte del llamado cristiano.

No responder con dureza, sino con mansedumbre, no se trata de ganar una discusión, sino de tocar corazones con la verdad de Cristo. Muchas veces el rechazo viene por desconocimiento, heridas pasadas, o por la presión cultural. Se necesita paciencia.

La Palabra de Dios no está diseñada para reprimir, sino para proteger y bendecir. Muchas mujeres han sido enseñadas que toda estructura bíblica es machismo religioso, pero Dios no oprime: Él ordena para edificar.

Explicar que la modestia no es opresión, sino un reflejo de libertad interna. Que la sumisión bíblica (Efesios 5:22–24) no es esclavitud, sino un acto voluntario de fe, dentro de un marco de amor y responsabilidad mutua. Que la belleza del alma no niega la feminidad, sino que la redime.

Lo central no es el largo de la falda o el maquillaje, sino el corazón delante de Dios. Las mujeres que han sido verdaderamente transformadas por el Evangelio desean reflejar a Cristo incluso en su apariencia. Por eso, el cambio debe comenzar de adentro hacia afuera.

Si el corazón está lleno de Cristo, se notará en todo: actitudes, palabras, vestimenta, prioridades. La santidad no se impone, se siembra con el Evangelio. Muchos cambios espirituales toman tiempo. No todas las mujeres responderán de inmediato, pero el Espíritu Santo es quien convence, transforma y guía.

“Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio.”
Juan 16:8

HUMANIZACIÓN Y EXALTACIÓN DE LAS MASCOTAS

En la cultura posmoderna, es cada vez más común ver cómo las mascotas no solo son queridas y cuidadas, sino exaltadas y tratadas como si fueran seres humanos, e incluso como sustitutos emocionales de relaciones interpersonales o familiares. Inclusive, en muchos casos, se les da un trato superior al de los niños. Este fenómeno, aparentemente inocente, encierra una profunda señal del desorden de prioridades y del vacío espiritual que caracteriza al hombre moderno.

La cultura dice: “Mi perro es mi hijo. Los animales tienen derechos y alma. Mejor un gato que un bebé.”

La Biblia dice: “Dios hizo al hombre a su imagen... y le dio dominio sobre los animales.” (Génesis 1:26-28)

La Escritura enseña que Dios creó a los animales como parte de Su buena creación (Génesis 1:24-25), y que el ser humano tiene una responsabilidad de

dominio y cuidado sobre ellos (Génesis 1:28; Proverbios 12:10). Sin embargo, ese dominio no es adoración, ni tampoco inversión emocional desmedida.

Cuando las criaturas ocupan el lugar que corresponde al Creador, o cuando se distorsiona el orden creado —dando afecto, recursos y atención a los animales por encima de los seres humanos o en reemplazo de ellos—, se evidencia una idolatría encubierta. Aunque tener animales no es pecado, el desorden en el afecto es un síntoma evidente de idolatría emocional.

Este fenómeno está conectado con otras tendencias culturales, como el rechazo a tener hijos, el individualismo emocional, y el aislamiento relacional. Para muchos, un animal se convierte en “hijo” (“perrihijos” o “gatihjos”), “pareja” o “amigo” en un sentido que suplanta la comunidad humana o la familia. Llegando al extremo de celebrarles a las mascotas ritos funerarios y cumpleaños, y de erigirles altares con sus fotos y recuerdos.

Es un intento de llenar los vacíos afectivos sin los riesgos, deberes ni compromisos que implica amar a otro ser humano. El resultado es una cultura que honra más a las bestias que al prójimo, contradiciendo el mandato del segundo gran mandamiento: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 22:39).

Desde una visión cristiana del mundo, el seguidor de Cristo es llamado a ordenar su amor conforme a la voluntad de Dios: amar a Dios sobre todo, al prójimo como a uno mismo, y cuidar de la creación sin pervertir su propósito. El trato digno a los animales es bueno, pero la humanización de las mascotas es un síntoma de un corazón desordenado, que busca consuelo y sentido en lo creado en lugar de en el Creador (Romanos 1:25).

DESPRECIO POR LA PROCREACIÓN

El mandato original de fructificar y multiplicarse ha sido reemplazado por narrativas como “los hijos limitan mi libertad” o “el mundo está muy mal para traer niños”. El resultado es una cultura que envejece, que no desea el sacrificio de la crianza, y que exalta el estilo de vida sin compromisos. La familia deja de ser una bendición para convertirse en un estorbo. Esto no es simplemente una decisión personal: es una manifestación de un corazón que no quiere reflejar a Dios en su fecundidad ni en su entrega.

La cultura dice: “Tener hijos arruina tu libertad. Hay que priorizar la carrera, los viajes, el disfrute personal.” Promueve la decisión voluntaria de no procrear como “liberación” y ve el vínculo con los hijos con pérdida de autonomía.

Rechazar tener hijos por egoísmo o por considerarlos un estorbo refleja una inversión de valores. La posmodernidad celebra la esterilidad voluntaria y ataca la fecundidad como algo retrógrado o irresponsable.

Esa exaltación moderna de la autonomía individual ha llevado a promover prácticas como el aborto, la anticoncepción extrema y la esterilización como medios de “liberación” y “control” del cuerpo. Estas ideas, lejos de reflejar libertad verdadera, encarnan una cultura que rechaza la vida como don divino y ve la fertilidad como un obstáculo.

La Biblia dice: “Herencia de Jehová son los hijos; cosa de estima el fruto del vientre.” (Salmo 127:3)

RELATIVISMO MORAL: “CADA UNO HACE LO QUE BIEN LE PARECE”

La cultura dice: “No hay verdad absoluta. Cada quien tiene su propia verdad. Lo que es bueno para ti no tiene por qué ser bueno para mí.”

El cristianismo, por el contrario, afirma verdades morales objetivas y eternas. Lo que la Biblia dice: “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (Juan 17:17).

Vivimos en una era en la que la verdad ha sido privatizada. El relativismo moral —la idea de que no existe un bien ni un mal absolutos, sino que cada persona define su propia moralidad— se ha convertido en el credo no confesado de nuestra cultura. En nombre de la “tolerancia” y de la “libertad”, el hombre moderno ha declarado independencia de todo principio objetivo, alejado especialmente de Dios. El relativismo elimina la noción de pecado. Bajo esta óptica, nadie tiene derecho a decir que algo está mal si es consentido y no daña a terceros.

Este fenómeno no es nuevo. El libro de Jueces ya describía una sociedad colapsada bajo este lema: “Cada uno hacía lo que bien le parecía” (Jueces 21:25). Cuando no hay Rey —es decir, cuando no se reconoce la autoridad de Dios sobre la vida—, el resultado es anarquía moral, confusión, y decadencia espiritual.

Desde la cosmovisión cristiana, entendemos que la moral no es producto del consenso humano, sino expresión del carácter santo de Dios. Lo que es bueno o malo no cambia con las modas, ni con las encuestas, ni con las emociones del momento. Dios es el Legislador supremo: “El Señor es nuestro juez, el Señor es nuestro legislador, el Señor es nuestro rey; él mismo nos salvará” (Isaías 33:22).

El relativismo, por tanto, no es neutral; es rebelión contra la autoridad divina. Es la voz de la serpiente moderna que sigue susurrando: “¿Conque Dios ha dicho...?” (Génesis 3:1). Es una negación de la verdad objetiva revelada en la Palabra. Por eso, en lugar de llevar a libertad, el relativismo conduce a esclavitud: esclavitud del pecado, de la confusión moral y del vacío existencial (Juan 8:34).

La tarea del cristiano en este tiempo es “contender ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 1:3), proclamando que la verdad existe, tiene un nombre, y es una Persona: Jesucristo (Juan 14:6). En Él encontramos no solo redención, sino la norma justa para toda vida humana.

EMPODERAMIENTO DEL YO (LA AUTONOMÍA ABSOLUTA)

La cultura dice: “Sé tú mismo. Síguete a ti mismo. Tú eres tu propia autoridad. Vive tu verdad.”

La Biblia dice: “Niégate a ti mismo, toma tu cruz y sígueme.” (Mateo 16:24)

Uno de los pilares de la cultura contemporánea es la exaltación del yo soberano. Se predica en redes sociales, en publicidad, en sistemas educativos y hasta en diferentes iglesias: “Tu verdad es lo que importa”, “Nadie puede decirte cómo vivir”, “Empoderate”, “Tu felicidad es lo más importante”. Este tipo de mensajes promueve una autonomía absoluta, donde el individuo se convierte en su propio dios, legislador, juez y salvador, teniendo a su ego como un ídolo a quien adorar. Desde una cosmovisión cristiana, esto no es empoderamiento: es idolatría. El ser humano fue creado para depender de Dios, no para ser su propio centro. Como dice el profeta Jeremías: “Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos” (Jeremías 10:23). La verdadera libertad no se encuentra en seguir nuestros deseos caídos, sino en someternos al Dios que nos creó y redimió (Gálatas 5:1).

La autonomía absoluta es una ilusión peligrosa. El hombre no es autónomo: siempre es esclavo de algo o de alguien —de sus pasiones, del mundo, del pecado, o de Cristo (Romanos 6:16). El intento de vivir sin Dios no es liberación, sino esclavitud maquillada de libertad. Como dijo Jesús: “El que quiera salvar su vida, la perderá” (Mateo 16:25). El yo sin Cristo está condenado a la autoexaltación vacía y a la frustración permanente.

Además, este culto al yo rompe los lazos comunitarios, destruye la humildad, y elimina toda posibilidad de arrepentimiento, pues pone al individuo por encima de la verdad objetiva, de la corrección amorosa, y del bien común, mientras que promueve el egocentrismo, el hedonismo, y el rechazo del sacrificio cristiano. El hombre empoderado por el mundo se torna inquebrantable ante Dios, pero quebrantado por dentro.

El cristianismo enseña que el yo debe ser crucificado, no exaltado. El centro de la vida no es la autorrealización, sino la glorificación de Dios. El verdadero

empoderamiento ocurre cuando el hombre muere a sí mismo para vivir en Cristo (Gálatas 2:20). En vez de proclamar la autonomía, el creyente proclama la dependencia gozosa del Señor: “Apartados de mí, nada podéis hacer” (Juan 15:5). Es en la rendición donde encontramos la verdadera dignidad y propósito del alma humana.

CONSUMISMO Y CULTO A LA COMODIDAD: ÍDOLOS DEL HOMBRE POSMODERNO

La cultura define el valor personal según lo que se posee y dice: “Compra más. Mereces lo mejor. El éxito se mide en bienes.”

La Biblia dice: “Porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar.” (1 Timoteo 6:7-10)

Vivimos en una sociedad que nos enseña, casi como un dogma, que el propósito de la vida es estar cómodos, rodearnos de bienes materiales y evitar todo sufrimiento o incomodidad. Se traduce en prácticamente una adicción al confort, tecnología, entretenimiento. Este ideal ha convertido al consumo y al confort en verdaderos ídolos del corazón humano. Desde la publicidad hasta los estilos de vida, todo apunta al lema no escrito de esta generación: “Compra, disfruta, evita el dolor a toda costa.”

Sin embargo, desde una cosmovisión bíblica, este enfoque es completamente opuesto al llamado cristiano. Cristo no nos llamó al hedonismo, sino a la negación de uno mismo y a tomar la cruz (Lucas 9:23). El apóstol Pablo advierte del peligro de una vida centrada en el apetito: “Porque por ahí andan muchos... que son enemigos de la cruz de Cristo; el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que sólo piensan en lo terrenal” (Filipenses 3:18-19).

El consumismo no es simplemente un hábito económico; es una visión de la vida, es una forma de vivir. Nos hace creer que nuestra identidad se define por lo que poseemos y que la plenitud se encuentra en adquirir más. Se trata de un vacío espiritual lleno con objetos y experiencias.

El culto a la comodidad, por su parte, anestesia la conciencia, atrofia la disciplina espiritual y debilita el carácter. El creyente que teme sufrir nunca será valiente por el Evangelio.

La Escritura nos enseña que Dios nos llama a vivir con contentamiento, no con acumulación (1 Timoteo 6:6-10). El apóstol Pablo aprendió a vivir en abundancia y en escasez porque su satisfacción no estaba en las cosas materiales, sino en Cristo (Filipenses 4:11-13). Frente a la lógica del mundo que dice “mereces más”, la fe nos dice: “Tienes todo en Él” (Colosenses 2:10).

La idolatría materialista reemplaza a Dios como el proveedor de satisfacción del alma. Muchos cristianos caen en esta trampa sin discernirla.

El cristiano verdadero no desprecia lo material, pero lo somete al señorío de Cristo. No sirve al dinero ni al confort, sino al Dios soberano que nos llama a vivir para su gloria, aun cuando eso implique renuncia, sufrimiento y una vida contracultural.

CULTO AL CUERPO Y A LA APARIENCIA: EL NUEVO ALTAR DEL YO

En la cultura contemporánea, el cuerpo ya no es visto como un don de Dios, sino como un proyecto personal que debe ser moldeado, exhibido y perfeccionado según los estándares cambiantes de belleza. Esta obsesión con la apariencia externa, alimentada por las redes sociales, la industria estética y el narcisismo moderno, ha convertido el cuerpo en un ídolo.

El narcisismo disfrazado de "amor propio" es promovido por la cultura actual, y suele ser una máscara para compensar inseguridades profundas. En lugar de buscar identidad y valor en Dios, el yo se convierte en el centro, lo cual produce orgullo o desesperación.

La obsesión con la imagen física, las cirugías y el fitness extremo hacen del cuerpo un ídolo moderno. En una sociedad que exalta la apariencia como símbolo de éxito y aceptación, muchos caen en la trampa de moldear su cuerpo a estándares artificiales. Cirugías estéticas, rutinas de ejercicio, en muchos casos, excesivas y dietas obsesivas reflejan una búsqueda de identidad y valor en lo externo.

Este culto al cuerpo reemplaza el diseño de Dios por una imagen idealizada, muchas veces dictada por el mercado y los medios. La verdadera dignidad no nace de mirarse a uno mismo, sino de saberse amado y transformado por Cristo (Gálatas 2:20). La Escritura nos recuerda que “el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón” (1 Samuel 16:7).

Cuando el cuerpo se convierte en el centro de la vida, se pierde de vista que fuimos creados para glorificar a Dios, no para adorar la imagen en el espejo (1 Corintios 6:19-20).

La Escritura advierte contra este enfoque superficial de la vida: “El ejercicio corporal para poco es provechoso, pero la piedad para todo aprovecha” (1 Timoteo 4:8). El apóstol Pedro también llama a las mujeres, y por extensión a todos los creyentes, a cultivar el espíritu: “Vuestro atavío no sea el externo: de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios.” (1 Pedro 3:3-4).

Este pasaje no condena el cuidado personal, pero sí recalca que el verdadero valor de una persona, especialmente en el contexto del carácter cristiano, no radica en la apariencia exterior, sino en la belleza interior producida por el Espíritu Santo.

El culto al cuerpo refleja una sociedad centrada en lo visible y efímero, mientras que Cristo nos llama a poner la mirada en lo eterno, en la transformación del corazón y no solo del rostro y del cuerpo (2 Corintios 4:16-18), enfatizando la humildad, la mansedumbre y la piedad como verdaderos adornos del alma.

ESTÉTICA POR ENCIMA DEL CARÁCTER: UNA INVERSIÓN DE VALORES ETERNOS

Vivimos en una era donde el parecer importa más que el ser. La apariencia ha desplazado al carácter como criterio de valor personal. Redes sociales, publicidad y medios fomentan esta lógica, premiando la belleza exterior mientras se descuida la integridad, la humildad o la verdad.

Sin embargo, la Biblia enseña que “la hermosura es vana; la mujer que teme a Jehová, esa será alabada” (Proverbios 31:30), y que el fruto del Espíritu —amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, etc.— es la verdadera evidencia de una vida transformada (Gálatas 5:22-23).

Cuando la estética eclipsa al carácter, no solo se cae en la superficialidad, sino que se rechaza el diseño de Dios, quien valora lo interno y eterno por encima de lo externo y pasajero (2 Corintios 4:18).

ESPIRITUALIDADES SIN CRISTO

La cultura dice: “Sé espiritual, medita, conéctate con el universo. Todo camino lleva a Dios.” “En algo hay que creer.”

La Biblia dice: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.” (Juan 14:6)

En un mundo sediento de sentido, las "espiritualidades sin Cristo" se multiplican con rapidez. Meditación oriental, energía universal, ángeles personalizados, chamanismo moderno, New Age, energías, chakras, reencarnación, astrología y horóscopos, tarot cristianizado, sincretismos diversos y espiritualidades “inclusivas” se ofrecen como caminos de realización y conexión con lo divino.

Pero todas tienen algo en común: *excluyen o diluyen a Jesucristo como único camino, verdad y vida* (Juan 14:6) y terminan siendo formas modernas de idolatría.

Desde una perspectiva bíblica, entendemos que toda espiritualidad que no nace del nuevo nacimiento en Cristo y no se sujeta a la autoridad de la Palabra de Dios, es una falsificación peligrosa. El apóstol Pablo advierte que Satanás mismo se disfraza como ángel de luz (2 Corintios 11:14), y que hay quienes “tienen apariencia de piedad, pero niegan la eficacia de ella” (2 Timoteo 3:5). Es decir, formas vacías, sin el poder regenerador del Espíritu Santo.

Estas “espiritualidades alternativas” suelen centrarse en la experiencia personal, el bienestar emocional o el crecimiento interior, mientras rehúyen del pecado, de la cruz, del arrepentimiento y de la obediencia a Cristo. En vez de rendición, ofrecen autoayuda. En vez de verdad objetiva, ofrecen relativismo místico. En vez de Cristo exaltado, ofrecen un “dios interior” domesticado, que no redime, pero tampoco confronta. Prometen calmar la sed del corazón sediento del hombre natural con “fe” sin arrepentimiento y “espiritualidad” sin verdad.

El Evangelio no es compatible con estas formas de espiritualidad. No hay comunión entre la luz y las tinieblas (2 Corintios 6:14). El cristiano no puede beber de la copa del Señor y de la copa de los demonios (1 Corintios 10:21). El cristianismo es exclusivista en cuanto al camino a Dios: solo a través de Cristo. Todo intento de acercarse a Dios sin pasar por la cruz es arrogancia religiosa, no verdadera fe.

Por eso, urge proclamar que Cristo es suficiente. No necesitamos prácticas esotéricas, ni conectar con "energías", ni buscar lo divino en nuestro interior. “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Timoteo 2:5). Sólo Él puede dar paz con Dios, perdón de pecados y vida eterna.

REDEFINICIÓN DEL MATRIMONIO Y DE LA FAMILIA: REBELDÍA CULTURAL CONTRA EL DISEÑO DE DIOS

La cultura dice: “El matrimonio puede ser entre quien sea. La familia es cualquier grupo que se quiera.”

La Biblia dice: “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne.” (Génesis 2:24)

El rediseño cultural del matrimonio desafía directamente el orden creado por Dios. El verdadero matrimonio refleja la relación de Cristo con la Iglesia (Efesios 5:31-32).

En la cultura contemporánea, el matrimonio y la familia han sido rediseñados, desfigurados y relativizados por la ideología dominante. Lo que durante siglos fue entendido como la unión de un hombre y una mujer con la finalidad de complementarse, procrear y reflejar la relación entre Cristo y su Iglesia (Efesios

5:31-32), hoy es cuestionado, ridiculizado o directamente reemplazado por modelos artificiales. Se legalizan uniones del mismo sexo, se promueve la cohabitación sin compromiso, se normaliza la adopción de niños por parejas homosexuales con una crianza sin estructuras paterno-maternales, y se celebra la autonomía reproductiva al margen de todo diseño divino.

Desde una cosmovisión cristiana, esto no es progreso: es una forma sofisticada de rebelión contra el Creador. La Escritura es clara desde el inicio: “Varón y hembra los creó” (Génesis 1:27), y dijo Dios: “No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él” (Génesis 2:18). El matrimonio bíblico es entre un hombre y una mujer, en pacto ante Dios, para vivir en unidad, procrear y criar hijos en el temor del Señor (Malaquías 2:15).

Redefinir el matrimonio no es un simple cambio social; es alterar la estructura moral del orden creado. Y al hacerlo, las consecuencias se sienten: familias fracturadas, hijos desorientados, sociedades inestables. La crisis no es solo legal o política, es espiritual: se ha perdido el sentido de lo sagrado.

Además, la cultura actual busca silenciar cualquier oposición a esta ideología mediante leyes y censura moral, acusando de intolerancia a quienes afirman lo que Dios ha establecido. Pero la iglesia no puede callar. “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hechos 5:29). Con compasión, pero con fidelidad, debemos proclamar que sólo en Cristo se puede restaurar el diseño perdido.

Dios no ha cambiado. Y su modelo para el matrimonio y la familia sigue siendo la roca firme en medio de una cultura que se desmorona. Por eso, los creyentes estamos llamados a vivir ese diseño con convicción, gracia y verdad, para testimonio de un mundo que, aunque no lo reconozca, sigue necesitando urgentemente el orden y la belleza del plan de Dios.

ABORTO LEGAL Y CELEBRADO

El aborto ha pasado de ser un tema trágico y controversial para convertirse, en muchos contextos, en un símbolo de progreso y “empoderamiento”. La legalización del aborto no solo lo permite, sino que culturalmente lo celebra como un derecho fundamental, desconectado de toda referencia moral o espiritual.

Desde la perspectiva bíblica, esta celebración es una afrenta directa al Creador, quien es el único Señor de la vida y la muerte (Deuteronomio 32:39). “Porque tú formaste mis entrañas; tú me hiciste en el vientre de mi madre” (Salmo 139:13). Ante la legalización del aborto nos encontramos delante de la perniciosa defensa del “derecho” a matar al no nacido. La retórica de los “derechos reproductivos” enmascara una trágica ironía: se promueve el derecho a eliminar una vida

eliminar una vida inocente como si fuera una extensión del cuerpo de la madre. Pero la Escritura revela que el ser humano es persona desde la concepción (Jeremías 1:5), y el mandamiento “No matarás” (Éxodo 20:13) incluye al no nacido. El derecho a matar nunca puede ser un derecho legítimo ante Dios.

Se justica el “derecho” a matar al no nacido a través de la deshumanización del embrión o feto. Una de las estrategias más efectivas del pensamiento secular ha sido la deshumanización del no nacido mediante términos clínicos como “producto de la concepción” o “cúmulo de células”. Esto permite justificar su eliminación sin culpa. Sin embargo, la Biblia no hace distinción entre etapas de desarrollo: la vida es vida desde el principio (Lucas 1:41 – Juan el Bautista saltó en el vientre). Negar su humanidad es negar la imagen de Dios.

Finalmente está el argumento de eliminar la maternidad como un don sagrado. En el marco de la cultura posmoderna, la maternidad ha sido redefinida como carga o impedimento para el desarrollo personal. Se la presenta como algo opcional, e incluso innecesario. Pero la Palabra de Dios exalta la maternidad como un regalo santo (Salmo 127:3) y como un papel noble y honorable. La mujer que teme al Señor es alabada por su fruto, no por su autonomía desligada de toda vocación dada por Dios (Proverbios 31:28-30).

EL DIVORCIO COMO UN DEPORTE O LA TRIVIALIZACIÓN DE UN PACTO SAGRADO

En la cultura contemporánea, el divorcio ha dejado de ser una excepción dolorosa para convertirse en una opción común, rápida y muchas veces frívola. Como si se tratara de un cambio de contrato comercial o una simple “decisión personal”, el matrimonio es visto cada vez menos como un pacto sagrado y más como una sociedad revocable según la conveniencia emocional o económica del momento. El matrimonio es visto cada vez más como algo descartable. Hoy, el divorcio se practica como si fuera un deporte: con ligereza, repetición, y sin mayor sentido de responsabilidad espiritual o social.

Sin embargo, desde una perspectiva bíblica, el matrimonio no es un contrato humano, sino un pacto ante Dios (Malaquías 2:14). Y Dios lo toma con suma seriedad. Él mismo declara: “Porque Jehová Dios de Israel ha dicho que Él aborrece el repudio” (Malaquías 2:16).

Cuando Jesús fue confrontado con el tema del divorcio, fue enfático: “Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre” (Mateo 19:6).

Aunque permitió el divorcio por causa de infidelidad (Mateo 19:9), lo hizo reconociendo la dureza del corazón humano, no como un ideal ni como algo que deba normalizarse.

En la cultura actual, la exaltación del “yo” —la autonomía absoluta, el hedonismo, la emoción como brújula moral— ha llevado a redefinir el matrimonio como un medio de autorrealización más que como un compromiso de fidelidad, sacrificio y servicio. Si la relación deja de “hacer feliz” a una de las partes, entonces se “descarta”, muchas veces sin luchar, sin perdonar, sin buscar redención. Se rompen vínculos por mera comodidad o aburrimiento, y esto es contrario al Evangelio, que nos llama a morir a nosotros mismos, a perdonar como Cristo perdona, y a amar como Él ama (Efesios 5:25).

La trivialización del divorcio ha dejado tras de sí una generación de hijos heridos, corazones endurecidos, y familias fracturadas. No es progreso, es decadencia espiritual. La Iglesia debe proclamar con claridad que el matrimonio es un reflejo del pacto fiel entre Cristo y su Iglesia (Efesios 5:32). Y debe llamar al arrepentimiento, a la restauración, y a la fidelidad, mostrando que el Evangelio no solo salva almas, sino también hogares.

EL AMOR EXAGERADO POR LOS DEPORTES: ¿ENTRE PASATIEMPO Y IDOLATRÍA?

En sí mismos, los deportes no son malos. Son una expresión de disciplina, trabajo en equipo, destreza física y recreación legítima. Pero en la cultura contemporánea, donde todo puede convertirse en ídolo, el deporte ha dejado de ser un pasatiempo saludable para transformarse en una pasión desmedida, una identidad dominante e incluso una forma moderna de adoración o religión moderna.

Desde la perspectiva bíblica, el problema no está en el objeto, sino en el desorden del afecto. Como dice Juan Calvino: “El corazón humano es una fábrica de ídolos.”

Cuando el deporte ocupa el lugar central en los afectos y el tiempo, el dinero y las prioridades de una persona son entregados sin límites a este entretenimiento, entonces, ha dejado de ser diversión y se ha convertido en un rival de Dios. Jesús fue claro:

“Ninguno puede servir a dos señores” (Mateo 6:24).

Aunque hablaba del dinero, el principio es aplicable a cualquier ídolo funcional. En muchos hogares, la asistencia al estadio ha sustituido a la congregación dominical, el fervor por el equipo ha reemplazado al celo por el Reino, y la identidad de “hincha” ha eclipsado la identidad de hijo de Dios. Se vive el calendario de torneos como si fuera un calendario litúrgico, y se justifica toda clase de comportamientos, tales como violencia, fanatismo, borracheras y/o gastos excesivos en nombre del “amor por el equipo”.

Pero Dios nos llama a tenerlo a Él como único objeto digno de devoción suprema.

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente” (Mateo 22:37).

Y el apóstol Pablo, aunque usa imágenes deportivas (como en 1 Corintios 9:24-27), lo hace siempre subordinando lo físico a lo espiritual: el mayor esfuerzo, la más alta disciplina, y la verdadera corona son para la vida eterna, no para la tribuna.

Por otro lado, están las identidades ligadas a equipos o figuras deportivas. El deporte ha pasado de ser una sana competencia para convertirse en una fuente de identidad y de sentido de vida con una lealtad casi religiosa. Muchas personas que no conocen a Cristo definen quiénes son no por su carácter ni propósito eterno, sino por su afición a un equipo o su admiración por una figura deportiva. Se visten con sus colores, adoptan sus símbolos, celebran sus victorias como propias, protestan con sus errores y se entristecen profundamente por sus derrotas.

Esta forma de identificación revela un vacío más profundo: el deseo humano de pertenecer a algo más grande, de encontrar significado y comunidad. Pero cuando esta necesidad se suple con lo efímero y humano, se desvía la mirada del único que da una identidad duradera. “Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino una nueva creación” (Gálatas 6:15).

La verdadera identidad del creyente no está en ningún grupo terrenal, sino en ser hijo de Dios, redimido por la sangre de Cristo. Cuando el deporte deja de ser recreación y se convierte en fundamento de identidad, se transforma en idolatría. “No os hagáis ídolos” (Levítico 26:1). Solo Cristo puede decirnos quiénes somos y por qué existimos.

Por eso, el creyente está llamado a examinar su corazón: ¿El deporte está ordenadamente subordinado a Cristo? ¿O está robando tiempo, afecto y gloria que solo le pertenecen a Dios?

Como todo ídolo, el amor exagerado por los deportes promete emoción, comunidad y sentido, pero termina desviando la adoración y empobreciendo el alma.

EL AMOR EXAGERADO POR EL FOLKLORE Y SUS DANZAS: ENTRE LA CULTURA Y LA IDOLATRÍA

El folklore y las danzas tradicionales son una expresión de la cultura humana. Reflejan la identidad de un pueblo, sus costumbres, creencias y su

historia. Sin embargo, como sucede con muchas otras actividades culturales, cuando el amor por el folklore y las danzas se eleva por encima de su propósito original, puede convertirse en una forma de idolatría que ocupa el lugar que solo le corresponde a Dios.

La Escritura nos llama a mantener en su lugar todo lo relacionado con las culturas humanas, entendiendo que todo lo creado debe apuntar a la gloria de Dios (Colosenses 1:16). El peligro surge cuando se comienza a idolatrar la cultura, cuando el folklore y las danzas se transforman en objetos de devoción, ocupando un lugar central en la vida de una persona, incluso por encima de las responsabilidades espirituales.

La adoración en las antiguas culturas, tanto en Israel como en las naciones circundantes, a menudo se mezclaba con prácticas idolátricas que incluían celebraciones, rituales y danzas en honor a dioses paganos. Dios dejó claro en las Escrituras que estas formas de culto eran abominables para Él (Deuteronomio 12:30-31). El hecho de que un pueblo exprese su identidad a través de bailes y tradiciones no significa que estos actos deban convertirse en un medio de adoración o un sustituto para la adoración genuina de Dios.

A menudo, el amor exagerado por el folklore puede llevar a que se sustituya la adoración a Dios por una adoración centrada en la tradición y la cultura, colocando a la identidad cultural por encima de la identidad cristiana. Este fenómeno puede verse cuando, en ciertas comunidades, la celebración de festividades folklóricas se convierte en una excusa para descuidar la adoración corporativa o la devoción personal a Dios. Así, las danzas, que podrían ser un medio para disfrutar y compartir la belleza de la creación, se convierten en objetos de culto en sí mismas.

La advertencia bíblica en 1 Juan 5:21, "*Hijos, guardaos de los ídolos*", nos llama a estar vigilantes frente a cualquier cosa que ocupe el lugar de la adoración legítima de Dios. El problema no radica en la danza o en el folklore en sí, sino en la prioridad que les da el hombre natural. El creyente no debe caer en el error de exaltar lo creado sobre el Creador (Romanos 1:25), sino reconocer que, incluso en sus tradiciones culturales, debe glorificar a Dios.

El llamado es a disfrutar de las danzas y tradiciones culturales sin que se conviertan en el centro de nuestra vida o nuestra adoración. Es necesario que los cristianos evalúen si su participación en tales actividades contribuye a la gloria de Dios y a su edificación espiritual, o si, por el contrario, están alimentando un amor exagerado por lo cultural que reduce la centralidad de Cristo en sus vidas.

EXALTACIÓN DE IDEOLOGÍAS POLÍTICAS COMO SALVACIÓN

En tiempos de crisis o incertidumbre, muchos depositan su esperanza en líderes, partidos o ideologías políticas como si de ellos dependiera la redención del mundo. Esta “fe ciega” convierte las ideologías humanas en sustitutos funcionales de Dios, esperando de ellas justicia, identidad, seguridad y propósito. No cabe duda, se trata de un nuevo tipo de idolatría política.

El Estado es adorado como proveedor supremo; la revolución, como redentora del oprimido; el capitalismo, como promesa de libertad y prosperidad; y el socialismo, como utopía de justicia y equidad. Todas estas ideologías, aunque pueden contener elementos de verdad, se vuelven ídolos cuando desplazan a Dios como autoridad última y fuente de redención.

El apóstol Pablo advierte que los hombres sin Dios “cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador” (Romanos 1:25). Ya sea adorando al mercado, a la revolución o al aparato estatal, el corazón humano busca sustitutos del Reino de Cristo.

Ninguna estructura humana puede producir el fruto del Espíritu, ni establecer justicia verdadera sin regeneración. El Reino de Dios no es comida ni bebida —ni ideología alguna—, sino “justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Romanos 14:17). Por eso, la iglesia debe resistir la tentación de absolutizar lo temporal y debe proclamar que sólo en Cristo hay verdadera libertad, justicia y esperanza eterna.

Ningún sistema político —sea de derecha, izquierda o centro— puede cambiar el corazón humano ni traer la verdadera paz. Las utopías terrenales no son una sustitución del Reino de Dios.

La Biblia es clara: “Maldito el hombre que confía en el hombre” (Jeremías 17:5) y solo en Cristo está la esperanza de una transformación real (Colosenses 1:27).

Cuando la política se convierte en salvación, el Evangelio se relega a lo privado y se distorsiona la misión de la iglesia. El cristiano debe participar con responsabilidad en la vida pública, pero sin idolatrar estructuras humanas que, sin Dios, terminan perpetuando la misma rebelión que afirman querer corregir.

OBSESIÓN POR LA FAMA Y LA VALIDACIÓN SOCIAL

Vivimos en una época en la que la visibilidad lo es todo. La fama, aunque sea superficial o efímera, se ha convertido en un objetivo de vida, y la validación social, especialmente a través de redes digitales, en una necesidad emocional. Los “me gusta” o “likes”, seguidores, elogios o viralizaciones

alimentan el ego moderno como si fueran oxígeno para el alma, y la cultura del like y los influencers funge como referentes morales.

Sin embargo, esta búsqueda constante de aprobación humana y el éxito medido por popularidad digital revelan una profunda inseguridad espiritual. Jesús advirtió contra este deseo de ser vistos por los hombres: “Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 6:1).

El cristiano está llamado a vivir para la audiencia de Uno solo: Dios. La verdadera identidad no se construye a través de la fama, sino en la comunión con Cristo, quien “no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse” (Filipenses 2:6), sino que se humilló. En contraste, la cultura posmoderna exalta el ego, mientras el Evangelio llama a negarse a uno mismo (Lucas 9:23). Buscar la gloria de los hombres esclaviza; vivir para la gloria de Dios libera.

ARTE Y ENTRETENIMIENTO SIN DIOS

En la cultura contemporánea, el arte y el entretenimiento, tales como el cine, la música, la literatura, el teatro, los videojuegos han sido despojados de su propósito trascendente y se han convertido en fines en sí mismos. En lugar de reflejar la verdad, la bondad y la belleza del Creador, muchas expresiones artísticas modernas celebran el relativismo, la sensualidad, la violencia o el nihilismo, negando implícita o explícitamente la existencia de Dios.

El arte sin Dios es como un espejo roto: aún puede reflejar fragmentos de belleza, pero carece de unidad, propósito y verdad. Romanos 1:21 describe esta decadencia: “Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios... sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido.” Así, el arte puede convertirse en un vehículo de rebelión, un canal de propaganda o una distracción perpetua del vacío existencial.

Nos encontramos ante series, películas y libros que promueven el pecado, incluso burlándose del cristianismo. Con mayor frecuencia nos presentan series y películas que muestran un cristianismo distorsionado, falseado y amoldado a la cultura moderna. Así mismo, el arte y el entretenimiento parece ser cada vez más una celebración de lo profano, violento, inmoral.

El arte y el entretenimiento que excluyen a Dios no solo refleja una cultura caída, sino que contribuye a adormecer las conciencias y a moldear corazones según una cosmovisión anticristiana. En lugar de invitar a la reflexión, al arrepentimiento o a la adoración, muchas veces invita a la complacencia, al narcisismo o a la banalidad.

El creyente está llamado a examinarlo todo y retener lo bueno (1 Tesalonicenses 5:21), a llenar su mente con “todo lo verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro” (Filipenses 4:8), y a glorificar a Dios incluso en su consumo cultural. El arte sin Dios podrá emocionar por un instante, pero sólo el arte anclado en la verdad del Evangelio tiene poder para transformar.

EDUCACIÓN SECULARIZADA Y ANTIBÍBLICA

La educación contemporánea, en muchos contextos, ha sido despojada de toda referencia a Dios, a Su Palabra y a cualquier fundamento absoluto de verdad. Lo que alguna vez fue concebido como formación integral del ser humano, mente, alma y carácter, hoy se ha reducido a la transmisión de datos, habilidades técnicas y valores “inclusivos” moldeados por ideologías cambiantes. Esta educación secularizada no es neutral: promueve activamente una visión del mundo sin Dios, sin propósito eterno y sin moral objetiva.

Las teorías ateas se han impuesto como marco obligatorio dentro del sistema educativo, lo cual es una imposición sin neutralidad. En muchos sistemas educativos actuales, teorías como la evolución darwinista o el constructivismo social no solo se presentan como opciones entre muchas, sino como marcos obligatorios e incuestionables. Estas posturas parten de una cosmovisión atea o agnóstica, negando la existencia de un Creador y descartando cualquier diseño o propósito divino en la creación y en la naturaleza humana.

La teoría de la evolución, por ejemplo, reemplaza a Dios como Autor de la vida con el azar ciego y procesos impersonales. El constructivismo, por su parte, afirma que la realidad, incluyendo lo moral, lo sexual y lo identitario, es una construcción humana, eliminando toda noción de verdad objetiva revelada por Dios.

Proverbios 1:7 declara que *“el principio de la sabiduría es el temor de Jehová”*. Al ignorar a Dios, la educación moderna no solo pierde sabiduría, sino que educa neciamente. En lugar de formar personas con discernimiento moral, enseña que todas las verdades son relativas, que el ser humano es autónomo y que la realización personal está por encima de la obediencia a un Creador. Esto se manifiesta en la normalización del relativismo moral, la ideología de género, la exaltación del yo y la promoción de agendas que contradicen frontalmente los valores bíblicos.

Jesús oró por sus discípulos diciendo: *“Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad”* (Juan 17:17). La educación que excluye esa verdad lleva a una generación sin raíces ni destino, fácilmente moldeada por corrientes ideológicas. Por eso, la Iglesia y los padres creyentes están llamados a instruir a sus hijos en la verdad de Dios (Deuteronomio 6:6-7; Efesios 6:4), sabiendo

que toda enseñanza que no parte del temor de Dios termina desviando el corazón.

El desafío hoy no es solo recuperar contenido bíblico en la educación, sino restaurar una cosmovisión cristiana en cada materia, donde Dios sea el centro del conocimiento y Cristo la meta de todo aprendizaje (Colosenses 2:3). Solo así la educación dejará de ser una fábrica de esclavos culturales para convertirse en un taller de corazones redimidos para la gloria de Dios.

IDEOLOGÍA DE GÉNERO, EDUCACIÓN O ADOCTRINAMIENTO

“Educación sin verdad: cuando la escuela enseña lo que Dios no dijo.”

La ideología de género no es solo una postura académica: es un sistema de pensamiento que ha penetrado profundamente en los currículos escolares de muchos países. Su esencia es la negación de las categorías creadas por Dios, como varón y mujer, y la promoción de una visión subjetiva de la identidad humana.

¿Qué enseña la ideología de género?

- Que el sexo biológico no determina el género.
- Que hay una amplia variedad de identidades sexuales y de género más allá de “hombre” y “mujer”.
- Que la identidad de género es una construcción social y puede cambiar a lo largo del tiempo.
- Que las diferencias sexuales tradicionales son opresivas y deben ser “deconstruidas”.
- Que los niños y niñas deben tener libertad total para “explorar su identidad” desde la infancia.

¿Por qué es peligrosa?

Niega la creación de Dios: “Varón y hembra los creó.” (Génesis 1:27)

La identidad no se elige, se recibe como un don sagrado.

Confunde a los niños en su etapa formativa. Cuando se les dice que pueden “ser lo que quieran” en términos de género, se les está sembrando confusión, ansiedad y una identidad inestable.

Rompe el vínculo entre cuerpo e identidad. Dios creó cuerpo y alma como unidad. Separarlos es una forma moderna de gnosticismo.

Reemplaza a los padres como formadores morales. El Estado se coloca como “nuevo padre” que educa en valores contrarios a la cosmovisión cristiana.

Persigue la fe. Aquellos que disienten con esta ideología, especialmente los cristianos, son tildados de intolerantes o retrógrados.

Lo que dice la Biblia:

La creación tiene orden, propósito y belleza. Dios diseñó la humanidad como varón y mujer, no como un espectro de posibilidades subjetivas.

El pecado distorsiona la identidad, pero Cristo la redime. El problema no se resuelve con cirugía ni con pronombres, sino con un nuevo corazón (2 Corintios 5:17).

Los hijos son responsabilidad de los padres, no del Estado. “Y estas palabras que yo te mando... las enseñarás diligentemente a tus hijos...” (Deuteronomio 6:6-7) Eduquemos en casa con intencionalidad. No dejemos la formación moral y espiritual de nuestros hijos en manos del sistema, formando una cosmovisión bíblica desde temprano, enseñando que Dios es bueno, sabio, y que su diseño es perfecto.

TOLERANCIA COMO PARTE DEL RELATIVISMO MORAL

La cultura dice: “Si afirmas que algo está mal, estás siendo intolerante. No juzgues. Sé inclusivo.”

La Biblia dice: “No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio.” Juan 7:24

Este versículo muestra que Jesús no prohíbe juzgar en absoluto, sino que ordena juzgar correctamente, con discernimiento y conforme a la verdad de Dios.

La cultura posmoderna promueve una “tolerancia” que en realidad es relativismo moral: si dices que algo está mal, te acusan de intolerancia. Pero la Biblia enseña que el pueblo de Dios debe discernir entre lo bueno y lo malo (Hebreos 5:14), y advertir al impío para salvar su alma (Ezequiel 3:18).

Otros pasajes que refuerzan esta verdad:

“El espiritual juzga todas las cosas...” 1 Corintios 2:15

“No participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas.” Efesios 5:11

“¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo!” Efesios 5:11

El mandamiento de “no juzgar” en Mateo 7:1 no se refiere a nunca discernir o señalar el pecado, sino a no juzgar hipócritamente. La verdad no es intolerancia; es amor hablar lo que Dios ha dicho. Pero, la verdad bíblica no será bienvenida en una cultura que se ama a sí misma. Predicar la Palabra fielmente traerá oposición, pero el cristiano debe hablar con verdad y amor, sin avergonzarse del Evangelio (Romanos 1:16).

TOLERANCIA SIN LÍMITES, EXCEPTO CON LOS CRISTIANOS

Vivimos en una época que exalta la tolerancia como valor supremo, pero al mismo tiempo muestra una intolerancia progresiva hacia la verdad bíblica y quienes la sostienen con integridad. Esta contradicción no es accidental. Es el resultado de un cambio cultural profundo donde:

La verdad ha sido reemplazada por la percepción, ya que, en la narrativa actual, lo que “sientes” se impone sobre lo que “es”. La verdad objetiva ha sido desmantelada en nombre del relativismo. Esto deja fuera a la cosmovisión cristiana, que afirma que Dios es la fuente de toda verdad (Juan 14:6), y que Su Palabra es autoridad final.

La identidad se define por el deseo, no por el diseño, como consecuencia la cultura postmoderna celebra cualquier identidad que uno declare (género, orientación, espiritualidad), excepto cuando esa identidad es “cristiano bíblico”. ¿Por qué? Porque el cristianismo bíblico no solo da identidad, también trae consigo límites, principios y una autoridad trascendente, lo cual es percibido como ofensivo en una cultura autónoma.

La libertad se ha vuelto individualista y desarraigada de lo moral, motivo por el cual se proclama libertad, pero sin moral objetiva. Irónicamente, la fe cristiana, que históricamente fundó las bases de los derechos humanos y la dignidad individual, es ahora tachada de opresiva si denuncia el pecado o llama al arrepentimiento.

¿Por qué se tolera todo... menos al cristiano fiel?

Porque el Evangelio confronta el corazón humano, en Romanos 1:18 dice que los hombres “detienen con injusticia la verdad”. La resistencia al cristianismo no es solo social, es espiritual. No es que el mundo odie a los cristianos por ser amables, sino por lo que representamos: una luz que expone las tinieblas (Juan 3:19-20).

Porque el verdadero cristianismo no puede adaptarse a los ídolos culturales, pero muchos sistemas ideológicos (marxismo cultural, ideología de género, hedonismo, secularismo radical) demandan conformidad absoluta. El cristiano que no adora estos ídolos se convierte en un “disidente”. La fe que una vez fue motor de civilización hoy es vista como amenaza.

Porque hay un sistema espiritual que odia a Cristo, a causa de ello Efesios 6:12 nos recuerda que la lucha no es contra carne ni sangre. La hostilidad contra el Evangelio es, en el fondo, una rebelión contra Dios. El mundo ama la idea de espiritualidad mientras no incluya la cruz, el pecado y la necesidad de salvación.

Cómo responder con firmeza y gracia ante los ataques de la cultura:

Debemos mantenernos firmes sin avergonzarnos del Evangelio: “Porque no me avergüenzo del Evangelio...” (Romanos 1:16). El cristiano reformado no busca aprobación cultural, sino fidelidad a Cristo. No suavizamos la verdad, pero tampoco respondemos con odio.

Hablemos con claridad, pero caminemos con mansedumbre. Como Jesús, hablamos palabras duras cuando es necesario, pero con compasión sincera. La mansedumbre no es debilidad; es fuerza bajo control. “Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal...” (Colosenses 4:6).

Preparémonos para el rechazo, pero no para el resentimiento. Jesús dijo: “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros” (Juan 15:18). No tomemos el rechazo como algo extraño, sino como parte de la fidelidad.

TERAPIAS Y FILOSOFÍAS ANTIBÍBLICAS QUE SUPLANTAN AL EVANGELIO

“El consejo de los impíos perecerá, pero el consejo del Señor permanece para siempre” (Proverbios 19:21)

La mayoría de las terapias modernas —aunque útiles en aspectos clínicos o emocionales— se basan en antropologías no bíblicas. La raíz común es el ensalzamiento del yo: “Encuentra tu verdad”, “sigue tu corazón”, “libérate de la culpa”, “tú puedes con todo”.

La Escritura no enseña que el hombre se salva a sí mismo, sino que necesita morir a sí mismo (Mateo 16:24). En lugar de "autoestima", la Biblia enfatiza arrepentimiento, identidad en Cristo, y dependencia de Dios.

Estas filosofías transforman el pecado en trauma, la culpa en construcción social y el arrepentimiento en represión. Se redefine el pecado como disfunción, no como rebelión contra Dios.

Muchas terapias modernas eliminan el concepto de culpabilidad moral objetiva y lo reemplazan con categorías de víctima o sobreviviente. Esto puede ser útil para tratar heridas reales, pero se convierte en antibíblico cuando niega la necesidad del perdón de Dios y la confesión personal.

Romanos 3:23 afirma que todos pecamos, y que el pecado acarrea muerte, no solo fuimos heridos. Sin culpa no hay necesidad de cruz, y sin cruz no hay Evangelio.

Desde el mindfulness hasta filosofías New Age, muchas corrientes ofrecen "paz", "sanación", "energía positiva" y "alineación interior". Estas ideas pueden sonar neutrales o incluso compatibles con la fe, pero en realidad:

- Suplantando la santidad por serenidad.
- Cambian la adoración a Dios por la conexión con el universo.
- Sustituyen el Espíritu Santo por una “energía impersonal”.

Estos caminos niegan la trascendencia y exclusividad de Cristo como único mediador y sanador del alma (1 Timoteo 2:5).

En muchos discursos terapéuticos actuales, toda disfunción se vincula a las heridas del pasado, una victimización como excusa para evitar el arrepentimiento. Aunque la Biblia no ignora las heridas, también dice que el ser humano es responsable de sus decisiones morales.

El corazón puede ser herido, pero también es engañoso y perverso (Jeremías 17:9).

La narrativa actual promueve la autocompasión sin redención, el lamento sin conversión, y la compasión sin cruz.

La cultura y las filosofías promueven la exaltación del bienestar sobre la santidad. La cultura terapéutica contemporánea adora la comodidad emocional, y evita toda forma de disciplina, sufrimiento o sacrificio.

Cualquier doctrina que produzca incomodidad (como el juicio, el infierno, o la necesidad de obedecer a Dios) es automáticamente rechazada como "tóxica". El problema es que la vida cristiana no promete comodidad, sino santificación (Hebreos 12:10-11).

“Porque a los que ama el Señor, disciplina...”

Pensemos en que no todo lo que parece ayudar realmente sana. Solo el Evangelio transforma el corazón humano (Romanos 1:16).

Hemos de poner a Cristo como centro de toda terapia verdadera: La verdadera restauración emocional viene cuando la herida del pecado es sanada por la sangre de Cristo.

Estamos llamados a vivir bajo el consejo de la Palabra: El creyente debe buscar sabiduría bíblica, comunidad cristiana y consejería centrada en Cristo.

PSICOLOGÍAS SIN ALMA NI PECADO

“Tu problema no es espiritual, es autoestima.”

Vivimos en una cultura donde el ser humano ya no es visto como un alma creada para glorificar a Dios, sino como un conjunto de emociones que necesita validación. Las psicologías contemporáneas —aunque útiles en lo clínico— han sido invadidas por corrientes humanistas que niegan la realidad del pecado, y reemplazan la convicción espiritual por afirmación emocional.

Lo que dicen:

“Tu problema no es que hayas pecado, sino que no te amas lo suficiente.”

“No necesitas un Salvador, necesitas sanarte tú mismo.”

“No necesitas arrepentirte, solo perdonarte.”

Lo que enseña la Biblia:

El problema del ser humano es más profundo que la autoestima: es rebelión contra un Dios santo (Romanos 3:10-18).

La cura no es mirarnos a nosotros mismos con más cariño, sino mirar a Cristo con fe, humildad y arrepentimiento (Hebreos 12:2).

El alma no se sana ignorando el pecado, sino confesándolo (Salmo 32:5; 1 Juan 1:9).

La psicología sin alma ni pecado nos lleva a una antropología mutilada y a una esperanza vacía. Nos da diagnósticos que suenan dulces, pero que no curan el alma ni restauran la relación con Dios.

Necesitamos una consejería centrada en Cristo, que reconozca el valor de la ciencia, pero subordine todo al señorío del Evangelio.

El alma humana no se recupera con más autoestima, sino con más Cristo, más cruz, más gracia.

COACHING Y AUTOAYUDA CENTRADAS EN EL EGO, CUANDO EL YO SE SIENTA EN EL TRONO DE DIOS

“Descubre tu poder interior... y sigue perdido.”

Vivimos en una era donde el “coaching” y los discursos de autoayuda prometen transformación personal, éxito emocional y empoderamiento, pero lo hacen levantando un altar al yo.

El mensaje es claro: “Tú eres suficiente. Tú puedes. Tú eres tu propio salvador.”

Frases comunes:

“Tú tienes el poder para crear tu realidad.”

“No necesitas que te salven, solo que te impulsen.”

“Conéctate contigo mismo, y lo demás fluirá.”

Estas corrientes, aunque motivacionales, excluyen al Dios soberano y a la necesidad de redención. Reemplazan la cruz por la autoestima, el quebrantamiento por la afirmación, y la santificación por la superación personal.

Desde la Biblia:

Jeremías 17:9 — “Engañoso es el corazón más que todas las cosas...”

Juan 15:5 — “Separados de mí, nada podéis hacer.”

Lucas 9:23 — “Niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame.”

El Evangelio no te dice “encuéstrate a ti mismo”, sino “muere a ti mismo” para encontrar vida en Cristo. El cristiano no se salva ni se sana a través del esfuerzo interior, sino por gracia mediante la fe (Efesios 2:8-9).

El problema real de los discursos de autoayuda y coaching moderno:

- Alimentan una espiritualidad sin arrepentimiento.
- Ignoran la naturaleza caída del ser humano.
- Producen motivación temporal sin transformación eterna.
- Sustituyen al Salvador con técnicas, mantras y afirmaciones vacías.

Al final, terminan siendo una forma sutil de idolatría: “No adores al Creador; adora tu potencial.”

Discernir antes de consumir: No todo “coaching” es malo, pero debe filtrarse a la luz de la Palabra.

No buscar poder en el yo, sino en Cristo: Solo cuando Él reina en nuestro corazón, podemos vivir una vida plena.

Hay que recordar que el propósito de la vida no es el éxito personal, sino la gloria de Dios (1 Corintios 10:31).

Sustituir la autoayuda por la dependencia del Espíritu Santo, la Palabra y la comunidad de fe.

ORGULLO, IRA E INMORALIDAD SEXUAL VISTOS COMO AUTENTICIDAD

“Sé tú mismo... aunque eso te destruya.”

Vivimos en una generación donde lo que antes era vergonzoso ahora se celebra, y lo que era virtud ahora se ridiculiza. Pecados como el orgullo, la ira descontrolada o la inmoralidad sexual han sido rebautizados con términos que suenan nobles: “autenticidad”, “liberación”, “amor propio”, “autoexpresión”.

Así habla la cultura moderna:

- “No reprimas tu ira, exprésala. Es parte de ti.”
- “La sexualidad es fluida. No dejes que nadie te diga cómo vivirla.”
- “El orgullo no es malo, es amor propio.”
- “Sé tú mismo, sin filtros ni culpa.”

Pero la Biblia es clara: Estas formas de “autenticidad” no son libertad, sino esclavitud del corazón humano caído.

- La ira descontrolada destruye relaciones (Santiago 1:20).
- La inmoralidad sexual degrada el cuerpo y el alma (1 Corintios 6:18-20).
- El orgullo es aborrecido por Dios (Proverbios 16:5) y fue el pecado original del corazón que quiso usurpar el lugar de Dios (Isaías 14:13-14).

La “autenticidad” que promueve el mundo no es libertad, sino la exaltación del yo caído. En nombre de ser fiel a uno mismo, el ser humano se vuelve infiel a su Creador.

La verdadera autenticidad no se encuentra en “ser uno mismo”, sino en ser hechos nuevos en Cristo (2 Corintios 5:17).

CELEBRACIÓN DEL PAGANISMO Y LO OCULTO

“De lo oculto a lo cool: cuando el abismo se disfraza de moda.”

Vivimos en tiempos donde lo que antes se mantenía en las sombras por su evidente oscuridad, hoy se celebra en público como una forma de libertad espiritual, entretenimiento inofensivo o identidad cultural. El ocultismo —con sus símbolos, prácticas y cosmovisión— ya no se esconde, sino que es promovido, estetizado y comercializado.

Ejemplos actuales:

- Series y películas centradas en brujería, demonología, necromancia o astrología como si fueran sabiduría ancestral o “magia blanca”.
- Celebraciones que exaltan la muerte, los espíritus, la adivinación o el “empoderamiento místico”.
- Jóvenes y adultos usando tarot, cristales, horóscopos, chakras o mantras como guías espirituales.
- Reivindicación de religiones paganas como el “verdadero camino espiritual” frente al cristianismo, visto como opresivo.

¿Qué dice la Escritura?

“No sea hallado en ti quien practique adivinación, ni agorero, ni sortilegio... porque es abominación para con Jehová.” (Deuteronomio 18:10-12)

“Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas.” (Efesios 5:11)

“El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz.” (Isaías 9:2)

La Biblia no presenta lo oculto como un juego inofensivo ni como una tradición cultural neutral, sino como una rebelión espiritual que reemplaza la luz de Dios por tinieblas seductoras.

¿Qué hay detrás?

La celebración moderna del paganismo:

- Es una reacción contra el cristianismo bíblico y su llamado al arrepentimiento.
- Nace de un anhelo humano mal dirigido hacia lo espiritual que, en vez de buscar a Dios, busca poder sin rendición.
- Ofrece experiencias, símbolos y comunidad, pero sin verdad, sin cruz, sin redención.

Discernimiento espiritual: No todo lo que parece inofensivo lo es. El entretenimiento es una herramienta de formación cultural.

Se refuerza aún más la necesidad de educación bíblica: Padres, iglesias y líderes deben enseñar por qué Dios prohíbe estas prácticas, y no solo condenarlas por costumbre.

Evangelismo con compasión: Muchos buscan lo oculto por vacío, trauma o sed de poder. Solo el Evangelio puede llenar el alma y romper cadenas espirituales.

Vida sin miedo pero con firmeza: El cristiano no debe temer a las tinieblas, pero sí estar alerta, firme en la Palabra y revestido con la armadura de Dios (Efesios 6).

HALLOWEEN, BRUJERÍA Y SATANISMO POP

“El infierno se disfraza.”

En los últimos tiempos, Halloween, la brujería y el satanismo han dejado de ser temidos para ser “trending topics”. Se han convertido en símbolos de rebeldía estética, entretenimiento para las masas e incluso espiritualidad alternativa. El problema no es solo la existencia de estas prácticas, sino que ahora son celebradas, normalizadas y hasta defendidas por una cultura que ha perdido el temor a Dios.

Lo que vemos:

- Halloween como una fiesta “inofensiva” que romantiza la muerte, glorifica el miedo y juega con símbolos demoníacos.
- La brujería moderna (Wicca*, hechicería, astrología) promovida en redes sociales como empoderamiento femenino y “conexión con la naturaleza”.
- El satanismo pop en música, moda y arte como protesta estética contra el cristianismo, ahora con seguidores jóvenes que ven en ello “libertad sin culpa”.

¿Qué hay detrás?

Desensibilización espiritual: Satanás ya no se presenta como el tentador de las almas, sino como un personaje de cómic o un símbolo cool.

Lo malo no es lo que ofende a Dios, sino lo que ofende a tu “yo interior”. El pecado se trivializa, lo santo se ridiculiza.

Por su vacío espiritual, muchos jóvenes buscan sentido, poder y comunión... y lo encuentran en prácticas que prometen lo que solo Cristo puede dar.

“No participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas.” (Efesios 5:11)

“El ladrón no viene sino para hurtar, matar y destruir; yo he venido para que tengan vida...” (Juan 10:10)

El mundo ha decorado el mal, pero Dios lo desenmascara. Jesús no vino a jugar con las tinieblas, sino a vencerlas en la cruz.

No participemos del disfraz espiritual del mundo. Aunque Halloween parezca “inocente”, su raíz y estética exaltan el miedo, la muerte y lo oculto.

Eduquemos con gracia y verdad. Especialmente con niños y jóvenes, expliquemos el trasfondo de estas celebraciones y ofrezcamos alternativas centradas en la luz, no en las sombras.

* La Wicca no es simplemente un juego o una moda estética. Se trata de una religión neopagana que busca reconectar con la “espiritualidad ancestral” a través de la adoración de la naturaleza, la práctica de hechizos y el uso de energías cósmicas. Aunque se presenta como pacífica, ecológica y femenina, es una rebelión espiritual contra el Dios verdadero.

¿Por qué se vuelve atractiva?

- Ofrece poder personal sin autoridad superior. “Haz tu voluntad mientras no dañes a nadie” es su principio central.
- Promueve conexión con la naturaleza y energías místicas.
- Rechaza el pecado original y no necesita redención.
- Enaltece la figura femenina (la “diosa madre”), lo que apela a quienes rechazan la “estructura patriarcal” del cristianismo.

“No hay infierno, ni juicio, ni cruz. Solo energías, ciclos y tu voluntad.”

EL RECHAZO A TODA AUTORIDAD EXTERNA, INCLUIDA LA DE DIOS.

El rechazo de la autoridad de Dios es el sello del hombre natural. Se manifiesta en la cultura contemporánea de múltiples formas, tanto a nivel personal como estructural. Este fenómeno, profundamente arraigado en la visión posmoderna del mundo, puede analizarse desde una perspectiva bíblica

como una expresión de la rebelión del hombre natural (Romanos 1:21-23), que busca ser autónomo, desligado de todo señorío, especialmente del divino.

El hombre moderno exalta su propia conciencia como la única fuente válida de autoridad, como una autonomía absoluta del individuo. La frase "yo decido lo que es verdad para mí" ejemplifica la ruptura con toda norma externa, ya sea moral, religiosa o natural.

La manifestación cultural se observa en el pensamiento del hombre natural de que "mi verdad" es inviolable, el rechazo a leyes morales universales y la preferencia por la autoidentificación (sexo, género, estilo de vida) por encima de cualquier marco objetivo.

"Todo camino del hombre es recto en su propia opinión; pero Jehová pesa los corazones." Proverbios 21:2

Así mismo, existe un rechazo a la ley moral de Dios. Los diez mandamientos, las enseñanzas de Cristo y la ética apostólica son desechadas por considerarse "arcaicas", "represivas" o "intolerantes".

Esto se manifiesta culturalmente en la legalización del aborto, la eutanasia, la redefinición del matrimonio, la normalización de relaciones sexuales fuera del pacto matrimonial, la promoción del relativismo ético.

Romanos 1:28-32 describe con precisión este rechazo consciente a Dios y cómo conduce a una sociedad que "aprueba a los que practican tales cosas".

Por otra parte, están las espiritualidades sin señorío. Dios es aceptado como "idea" o "energía" pero no como Señor. Se adopta una espiritualidad hecha a la medida, sin obediencia ni sumisión.

Impera el sincretismo espiritual, nuevas espiritualidades, "cristianismo" sin cruz ni arrepentimiento. Creencias tipo "el universo conspira a tu favor" y coaching espiritual motivacional.

"Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina... y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas." 2 Timoteo 4:3-4

También está la revolución contra toda autoridad institucional, donde no solo se rechaza a Dios como autoridad, sino también toda estructura que represente orden o gobierno sobre el individuo.

Están la desconfianza hacia el matrimonio, la familia, el Estado, la iglesia. El desprecio a los padres, maestros, pastores, jueces. La cultura de la anulación de las voces de autoridad moral.

"...desprecian la autoridad, y blasfeman de las potestades superiores." Judas 1:8

La cultura reconfigura el significado del pecado, redefine el bien y el mal. Lo que la Biblia llama abominación (Levítico 18:22) se redefine como “expresión de identidad” o “derecho humano”. La homosexualidad, el poliamor, la pornografía, el aborto, no solo se toleran, sino se celebran. Se etiqueta como “odio” cualquier defensa bíblica de la verdad.

En última instancia, el rechazo a toda autoridad externa es el intento del hombre caído de ocupar el lugar de Dios. El empoderamiento del “yo” es una clara señal de antropocentrismo en lugar de teocentrismo.

“Seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal.” *Génesis 3:5*

“...oponiéndose y levantándose contra todo lo que se llama Dios... tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios.” 2

Tesalonicenses 2:4

CENSURA A LA VERDAD BÍBLICA BAJO EL DISFRAZ DE “DISCURSOS DE ODIIO”

En la actualidad, muchas sociedades occidentales, influenciadas por el relativismo posmoderno y la ideología progresista, han creado un clima cultural donde la verdad bíblica es cada vez más silenciada, no por argumentos lógicos o evidencias contrarias, sino mediante la etiqueta de "discurso de odio". Este fenómeno representa una forma de censura encubierta, donde se protege la sensibilidad de ciertos grupos a expensas de la libertad de proclamar la Palabra de Dios.

Cuando un cristiano afirma, por ejemplo, que el matrimonio es entre un hombre y una mujer, o que Dios condena el pecado (sea heterosexual, homosexual, idolatría, aborto, etc.), muchos sectores responden que eso es odio, intolerancia o fanatismo. Pero en realidad, no es odio decir lo que Dios dice con fidelidad y amor. Es, más bien, una expresión de amor advertir del juicio venidero y ofrecer la gracia en Cristo.

Predicar la verdad bíblica se considera violencia. El problema es que la moral bíblica absoluta choca con la ética subjetiva de la cultura moderna, que idolatra la autoafirmación, la autonomía personal y la validación de todos los deseos humanos. Por eso, la Escritura es percibida como una amenaza: no porque sea violenta, sino porque es verdadera y revela el pecado. La censura moral en medios, leyes y educación está cada vez más difundida.

Ejemplos actuales de censura:

- En algunos países europeos y estados de EE. UU., pastores han sido multados o encarcelados por predicar sobre el pecado sexual según Romanos 1 o 1 Corintios 6:9-10.

- Es cada vez más común ser bloqueado o silenciado en redes sociales por compartir versículos que denuncian prácticas pecaminosas.
- Incluso en espacios académicos o laborales, hablar desde una cosmovisión bíblica es considerado inapropiado o "dañino".

Lo que dice la Biblia:

“¿Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz!” Isaías 5:20

“Vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina... y apartarán de la verdad el oído.” 2 Timoteo 4:3-4

“Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me aborreció antes que a vosotros.”
Juan 15:18-19

Los cristianos no debemos callar por miedo al rechazo social. Jesús dijo: *“El que se avergonzare de mí y de mis palabras... de este se avergonzará el Hijo del Hombre”* (Lucas 9:26). Nuestra misión es hablar con valentía, mansedumbre y reverencia (1 Pedro 3:15), sabiendo que la verdad puede incomodar, pero también libera (Juan 8:32).

La censura es real, pero el Evangelio es más poderoso. Que no nos silencien el amor verdadero: el mejor decir la verdad que duele, que la mentira que consuela para que muchos puedan arrepentirse y vivir.

LA CULTURA CENSURA A DIOS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Una de las acusaciones más comunes de la cultura secular contemporánea contra el cristianismo es que el Dios del Antiguo Testamento es "vengativo, cruel y destructor". Esta caricatura no sólo distorsiona el carácter divino, sino que evidencia un rechazo frontal a la santidad, la justicia y la soberanía de Dios. En una época que exalta la tolerancia y la autonomía humana, un Dios que juzga el pecado y exige obediencia resulta ofensivo.

Pero esta censura cultural nace de una lectura superficial, y muchas veces malintencionada, de la Escritura. Dios mismo declara:

“Yo soy Jehová, no cambio” (Malaquías 3:6).

El Dios del Antiguo Testamento es el mismo Dios que se revela en Jesucristo: santo, misericordioso, lento para la ira, y grande en fidelidad (Éxodo 34:6-7).

Sí, en el Antiguo Testamento vemos juicios severos —como el diluvio, la destrucción de Sodoma, o la conquista de Canaán— pero todos están enmarcados en el contexto de la justicia perfecta de Dios ante la maldad humana persistente y rebelde. ¿Acaso no es justo que el Creador del universo tenga

autoridad para juzgar lo que Él ha creado? ¿No advertía pacientemente a las naciones antes de juzgarlas (Génesis 15:16; Jonás 3)?

La cultura posmoderna, al censurar estos atributos, revela su propio antropocentrismo: quiere un dios a su imagen y semejanza, domesticado, inofensivo, que no interfiera con su moral cambiante. Pero Dios no pide permiso para ser Dios.

“El Señor es conocido por el juicio que ejecuta” (Salmo 9:16).

Y aún en medio del juicio, su amor y misericordia resplandecen: preservó a Noé, salvó a Rahab, llamó a Nínive al arrepentimiento, y prometió a través de los profetas un Redentor que cargaría el juicio en lugar del pecador (Isaías 53).

La cruz es la cumbre de esta tensión: en ella Dios muestra su justicia y su amor al mismo tiempo (Romanos 3:25-26). Solo quien entiende al Dios del Antiguo Testamento puede comprender la magnitud del sacrificio de Cristo.

La censura cultural no puede reescribir la revelación divina. El problema no es el carácter de Dios, sino el corazón del hombre natural que no soporta la verdad. Por eso, la Iglesia debe seguir proclamando al Dios completo de toda la Escritura, sin vergüenza y sin omisiones:

“Porque Jehová vuestro Dios es fuego consumidor, Dios celoso” (Deuteronomio 4:24), y al mismo tiempo, “Compasivo y clemente, lento para la ira y grande en misericordia” (Salmo 103:8).

LLAMADOS A VIVIR COMO EXTRANJEROS

La cultura actual, en gran parte influida por el humanismo secular, el postmodernismo y la ideología de la autodeterminación, se opone frontalmente al Reino de Dios. El cristiano fiel no puede conformarse a esta cultura (Romanos 12:2), ni puede pactar con ella.

Estamos llamados a vivir como extranjeros y peregrinos, testificando con nuestra vida y Sus palabras que hay un Rey verdadero, y que solo en Él hay salvación. El apóstol Pedro escribió: “Amados, os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma” (1 Pedro 2:11). Esta es nuestra identidad. No pertenecemos a este mundo. Vivimos aquí, trabajamos aquí, amamos a nuestras comunidades, pero no nos conformamos a su molde.

La cultura del mundo no puede transformarse solo a través de adaptaciones cosméticas, sino con el poder del Evangelio. Y el Evangelio solo obra donde hay verdad, arrepentimiento y nueva vida en Cristo.

No seamos ingenuos. La cultura actual no es aliada de la fe. No podemos agradar a Dios y al mundo. Pero sí podemos vivir con gracia, con firmeza, y con una

mirada puesta en la ciudad celestial, cuyo arquitecto y constructor es Dios (Hebreos 11:10).

Que el Señor nos dé discernimiento para ver la cultura como Él la ve, y valor para vivir como un pueblo apartado, santo, radicalmente diferente... y lleno de esperanza.

REFERENCIAS

- Van Til, Cornelius. The Defense of the Faith. P&R Publishing.
- Taylor, Charles. A Secular Age. Harvard University Press.
- Schaeffer, Francis. How Should We Then Live? Crossway Books.
- La Santa Biblia. Reina-Valera 1960.

LIBROS RECOMENDADOS (CON ENFOQUE CRISTIANO REFORMADO O AFÍN) CULTURA, COSMOVISIÓN Y APOLOGÉTICA

"La mente cautiva" – Os Guinness

Profundiza en cómo las ideas dominantes de la cultura esclavizan el pensamiento del hombre moderno.

"Cristianismo y cultura" – T. S. Eliot

Aunque no reformado en sentido estricto, Eliot aborda cómo el cristianismo forma o corrige la cultura.

"Cómo ahora viviremos" – Charles Colson y Nancy Pearcey

Excelente análisis de la batalla cultural entre la visión cristiana y la secularización moderna.

"Verdad total" – Nancy Pearcey

Muestra cómo las ideas filosóficas actuales afectan a la cultura y cómo el cristianismo ofrece una respuesta coherente.

"Engañados por el mundo" – John MacArthur

Crítica de cómo muchas ideas mundanas se infiltran en la iglesia. Muy bíblico y directo.

"El choque de cosmovisiones" – R. C. Sproul

Comparación clara entre la cosmovisión bíblica y las visiones modernas. Ideal para reformados.

"El Dios que no estaba allí" – Francis Schaeffer

Clásico del pensamiento reformado. Trata sobre cómo Occidente ha abandonado el fundamento cristiano.

"Cristianismo frente a la cultura contemporánea" – J. Gresham Machen

Responde a los errores del liberalismo teológico y cómo estos reflejan una cultura sin Dios.

TEMAS ESPECÍFICOS COMO IDEOLOGÍA DE GÉNERO, FAMILIA, SEXUALIDAD, ETC.

¿Qué es el hombre?" – John Piper

Reflexión sobre la identidad del ser humano desde la Escritura, contra la antropología moderna.

"Amor y verdad en tiempos de relativismo" – Albert Mohler

Aborda la sexualidad, familia, autoridad bíblica y cómo la iglesia debe responder al colapso moral moderno.

"Dios y el debate transgénero" – Andrew T. Walker

Desde una perspectiva bíblica, ética y pastoral sobre identidad de género y cultura.

"Es bueno ser hombre" – Michael Foster y Dominic Bnonn Tennant

Defiende la masculinidad bíblica frente al feminismo radical y la deconstrucción de género.

"Cuando las personas son grandes y Dios es pequeño" – Edward Welch

Excelente para entender la idolatría del yo, del hombre y la necesidad de temor de Dios.

CULTURA Y ESPIRITUALIDAD POSMODERNA

"El eclipse de Dios en la cultura occidental" – David Wells

Detalla cómo el secularismo ha despojado a la cultura del temor a Dios.

"La desaparición de Dios" – R. Albert Mohler

Impactante análisis cultural desde una perspectiva teológica reformada.

"La nueva tolerancia" – Josh McDowell & Bob Hostetler

Expone cómo el nuevo concepto de tolerancia aplasta la verdad bíblica.

"Escogidos por Dios" – R. C. Sproul

Aunque más doctrinal, ayuda a entender por qué el mundo rechaza el señorío absoluto de Dios.

ARTÍCULOS Y RECURSOS ONLINE ÚTILES

- **The Gospel Coalition en español**

<https://www.coalicionporelevangelio.org/>

Artículos sobre cultura, ideología de género, aborto, familia y más, desde un enfoque evangélico reformado.

- **Ligonier Ministries**

<https://es.ligonier.org>

Ensayos y recursos del pensamiento reformado clásico sobre cultura, filosofía y doctrina.

- **Desiring God – John Piper**

<https://www.desiringgod.org>

Muchos artículos sobre cultura, idolatría, consumismo y la gloria de Dios.

TEMAS ESPECÍFICOS DE INTERÉS

- **Sobre la familia y los hijos:** “Family Driven Faith” – Voddie Baucham
- **Sobre cultura del entretenimiento y deportes:** “Amusing Ourselves to Death” – Neil Postman (no cristiano, pero sumamente útil)
- **Sobre ideología de género:** “Male and Female He Created Them” – Rosaria Butterfield



EL CRISTIANISMO: UNA ANTICULTURA EN MEDIO DE UNA CULTURA EN REBELIÓN

¿Puede el cristianismo verdadero convivir con una cultura que ha dado la espalda a Dios?

En un mundo que celebra valores opuestos al Evangelio, este texto plantea una verdad incómoda pero necesaria: el cristianismo no está llamado a adaptarse, sino a confrontar. No es una simple contracultura, sino una anticultura, porque no busca redimir lo caído, sino anunciar lo eterno. A través de un análisis bíblico y cultural, el autor invita a reflexionar sobre el origen y la dirección de nuestra cultura contemporánea, y desafía al lector a vivir una fe radicalmente distinta. Un llamado urgente a ser luz, no en simpatía con las tinieblas, sino como embajadores de un Reino que no es de este mundo.